

# África: escenario de conflictividad en el inmediato europeo

Jesús Díez Alcalde  
Teniente Coronel. Analista

Contribución al proyecto de investigación "La seguridad nacional de España: un enfoque estratégico" publicado en el libro:

## La seguridad nacional de España: Un enfoque geoestratégico

*Director*

**JAVIER ROLDÁN BARBERO**

ORCID 0000-0003-3279-4979

**tirant humanidades**

Valencia, 2017

*Autores:*

**JESÚS DÍEZ ALCALDE**

**EVA DÍEZ PERALTA**

**CARLOS ESPALIÚ BERDUD**

**JOSÉ ELÍAS ESTEVE MOLTÓ**

**NATIVIDAD FERNÁNDEZ SOLA**

**CARMEN LÓPEZ-JURADO ROMERO DE LA CRUZ**

**JOSÉ RAFAEL MARÍN AÍS**

**CONSUELO RAMÓN CHORNET**

**JAVIER ROLDÁN BARBERO**

**LUCAS J. RUIZ DÍAZ**

**ANTONIO SEGURA SERRANO**

**RAQUEL VANYÓ VICEDO**

# *África: escenario de conflictividad en el inmediato europeo*

JESÚS DÍEZ ALCALDE<sup>1</sup>

## SUMARIO

- I. INTRODUCCIÓN: ESCENARIOS DE CONFLICTIVIDAD EN EL SAHEL Y ÁFRICA OCCIDENTAL
- II. CONFLICTOS ARMADOS, ACUERDOS FALLIDOS Y LA DIFICULTAD DE CONSOLIDAR LA PAZ
  - 1. Mali
    - A. *Errático y quebradizo diálogo político*
    - B. *La errática implementación del acuerdo de paz*
  - 2. Sudán del Sur
    - A. *Una guerra fratricida provocada por el poder*
    - B. *La huida hacia adelante del Presidente Kiir*
  - 3. República Centroafricana
    - A. *Un país destrozado por una instigada violencia confesional*
    - B. *Paz y reconciliación: el enorme desafío para el Presidente Touadéra*
- III. LA CRECIENTE EXPANSIÓN DEL YIHADISMO EN ÁFRICA
  - 1. Santuarios africanos para el salafismo violento
  - 2. Libia: colapso del Estado y fortaleza del yihadismo
  - 3. Mali: epicentro africano de la yihad de Al Qaeda
  - 4. Nigeria: Boko Haram y el reducto africano de Daesh
- IV. CONCLUSIÓN: MÁS REPUESTA LOCAL Y COOPERACIÓN INTERNACIONAL

## I. INTRODUCCIÓN: ESCENARIOS DE CONFLICTIVIDAD EN EL SAHEL Y ÁFRICA OCCIDENTAL

África, especialmente su región occidental y la extensa franja del Sahel, atraviesa un convulso periodo de su historia —marcado por la expansión de las amenazas y la incapacidad de los gobiernos para hacerle frente— que está condicionando el futuro de millones de africanos. Frente a las oportunidades —dinamizadas por un enorme

<sup>1</sup> Teniente Coronel. Analista.

potencial económico y energético, y un ingente crecimiento demográfico—, los desafíos de seguridad siguen negando el progreso y la estabilidad continental; y su proyección más allá de sus límites fronterizos —especialmente hacia Europa— es una constatación que exige articular respuestas comunes desde las dos riberas del Mediterráneo, a través de una estrecha cooperación y con el firme propósito de erradicar unas amenazas trasfronterizas y cada vez más profundas.

Desde esta perspectiva, nada de lo que ocurre en África debería ser ajeno al continente europeo. En primer lugar, porque obviar la realidad africana implica soslayar una conflictividad demasiado cercana, que se proyecta más allá de sus fronteras geográficas; y también supone asumir un riesgo —cada vez más tangible, pero siempre imprevisible— a nuestra seguridad y progreso. De forma paralela, o incluso antes, significaría dar la espalda —en un mundo globalizado e interdependiente— al sufrimiento de millones de africanos, de los que muchos solo ansían —aun a costa de perder la vida— en alcanzar la paz europea, por cualquier medio y a cualquier precio. Sin embargo, y a pesar de todo ello, la grave situación en el inmediato sur de Europa —y tampoco la oportunidad que, desde la perspectiva contraria, representa— sigue sin concitar el interés político, social y mediático que merece.

Además, a este escenario de amenazas y desafíos se le está enfrentando una estrategia sesgada y parcial, basada en exceso en el ámbito de la seguridad, que no está dando los resultados previstos en términos de seguridad, pero tampoco en la mejoría en sus niveles de buena gobernanza y desarrollo. Con todos estos parámetros, África —y, con ella, toda la comunidad internacional— se enfrenta hoy a un momento crucial de su historia: de su capacidad para solventar las raíces más profundas de la conflictividad, que se han agudizado tras su conformación como entidades nacionales independientes, dependerá inexorablemente un futuro que, en la actualidad, se vaticina más incierto.

Desde su emancipación del poder colonial europeo, los países del Sahel y los que conforman la región de África Occidental<sup>2</sup> han sufrido sucesivas crisis políticas, catástrofes naturales y emergencias humanitarias, que han provocado que sus niveles de desarrollo y desigualdad social estén entre los más bajos del mundo. La mala gobernanza, la debilidad y las carencias de las instituciones estatales, así como la ausencia de control sobre las fronteras, han malogrado la capacidad —y, en muchas ocasiones, también la voluntad— de los Estados para impulsar el bienestar social y garantizar los servicios básicos —especialmente, seguridad, justicia, salud y educación— a sus poblaciones, para promover su participación en el sistema político o para proteger sus derechos más elementales.

Con ello, la división entre sociedad y Estado ha aumentado hasta convertirse en un detonante permanente de la violencia, alimentada por la frustración, el desarraigo y el subdesarrollo de gran parte de la población, que denuncia insistentemente la falta de atención de sus respectivos gobiernos. Este complicado escenario, además de generar una enorme inestabilidad, ha provocado que la región sea especialmente vulnerable a la violencia y que esté determinada por la profusión de conflictos armados, el avance del terrorismo de carácter salafista yihadista y el crimen organizado. Estos son hoy los principales desafíos para esta vasta extensión geográfica del continente africano y, por su carácter transnacional, importantes amenazas para la paz y la seguridad internacionales, cuanto más —por su proximidad geográfica y su dependencia mutua— para el continente europeo.

<sup>2</sup> La franja geográfica del Sahel se extiende desde el Océano Atlántico hasta el Mar Rojo, y atraviesa el norte de Senegal, el sur de Mauritania, Mali, extremo sur de Argelia, Níger, Chad, Sudán del Sur y Eritrea. Por su parte, desde un punto de vista geopolítico, Naciones Unidas incluye a 16 naciones en la región de África Occidental: Benín, Burkina Faso, Cabo Verde, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea Bissau, Liberia, Níger, Mali, Mauritania, Nigeria, Senegal, Sierra Leona y Togo.

Respecto a los conflictos armados, la región africana al norte del Ecuador sigue siendo —según el índice *Fund for Peace*—<sup>3</sup> la zona que enfrenta más riesgos y más inestable del mundo, y donde se aglutinan los países más frágiles y vulnerables a la violencia y, en todos ellos, permanecen constantes los parámetros que incitan a la conflictividad: Estados débiles y corruptos, pobreza y subdesarrollo endémicos, y sociedades divididas por factores étnicos, religiosos o geográficos. A pesar de que la primera década del siglo el Sahel experimentó una paz relativa, especialmente después de la firma del Acuerdo de Paz de Sudán en 2005, en los últimos años, la lucha armada interna ha vuelto a emerger con una fuerza inusitada; y hoy los tres conflictos más graves en el continente africano —Mali, República Centroafricana y Sudán del Sur— se sitúan en la franja saheliana.

Tras el derrocamiento de Gadafi en 2011, los tuaregs leales al dictador regresaron a Mali desde Libia bien armados y entrenados; y allí emprendieron una nueva rebelión contra el gobierno de Bamako, que posteriormente fue secuestrada por los grupos yihadistas. Esto provocó, en enero de 2013, la intervención de Francia, que —a pesar de su constatado éxito inicial— no fue suficiente para erradicar el entramado terrorista que, cuatro años después, sigue muy presente en el norte de Mali. En la República Centroafricana, el golpe de Estado de Djotodia en marzo de 2013, al frente de las milicias Seleka, hundió al país en el caos y la violencia sectaria; y provocó una sanguinaria venganza de los grupos Antibalaka que agravó aún más la contienda. Hoy, tras la reinstauración del régimen democrático y bajo el liderazgo del presidente Faustin-Archange Touadéra, el país sigue dividido territorialmente y la autoridad estatal apenas está presente en la capital Bangui. Mientras tanto, en diciembre de 2013, estalló el conflicto étnico y fratricida en el país vecino: Sudán del Sur, instigado por el enfrentamiento entre el presidente dinka Salva Kiir y

<sup>3</sup> *Fragile State Index 2016, Fund for Peace*. Disponible en <http://fsi.fundforpeace.org/rankings-2016>. Fecha de consulta: 12/03/17.

el ex vicepresidente nuer Riek Marchar. La obstinación de ambos dirigentes por acaparar el poder y el control de los recursos, apenas dos años después de la independencia, ha llevado al país más joven del mundo a una cruenta guerra civil y una ham-bruna —declarada en enero de 2017— que amenaza con destruir el futuro del país. En la actualidad, los tres conflictos —aun con distinta intensidad— continúan abiertos, y los acuerdos de paz firmados por las distintas partes y facciones enfrentadas no han conseguido devolver la estabilidad a sus respectivas poblaciones.

Pero, sin duda, la amenaza más alarmante y extendida desde el inicio de este siglo XXI es el terrorismo yihadista, que ha convertido al continente africano en la zona del mundo donde más ha proliferado y, después de Oriente Medio, donde ha provocado más víctimas mortales. El detonante de la eclosión del yihadismo en el Sahel fue la entrada en el norte de Mali del Grupo Salafista de Predicación y el Combate (GSPC), a partir de la década de los noventa, que huía de la presión militar de las fuerzas de seguridad de Argelia. Desde entonces, los atentados y ataques de los grupos yihadistas se han multiplicado por toda la región saheliana y más allá; y su alianza con Bin Laden en 2007 —cuando el GSPC pasó a denominarse Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI)— fue un importante punto de inflexión para consolidar su nuevo santuario en el norte de Mali. Años después, la caída del régimen de Gadafi en 2011, y el expolio de sus arsenales armamentísticos, junto con las luchas internas por el liderazgo en el seno de AQMI, provocaron la escisión del entramado yihadista, con la surgimiento de Ansar Dine y el Movimiento por la Unidad de la Yihad en África Occidental (MUYAO), que completó su siniestro puzzle con Al Morabitun —fusión de “Los firmantes con sangre” de Mojtar Belmojtar (AQMI) y MUYAO en 2013—, y las dos milicias extremistas de la etnia fulani: el Frente de Liberación de Macina (2015) y la “Alianza Nacional para la Salvaguarda de la Identidad Fulani y la Restauración de la Justicia” (2016).

En la actualidad, y además de la reseñada proliferación de milicias extremistas, el islamismo violento se ha regenerado en la recóndita y desértica región del norte de Mali, ha girado su estrategia para volver a sus guaridas y se ha vuelto a hacer invisible entre la población, con el objetivo de recuperar su pernicioso ascendente social. Además, los principales grupos extremistas leales a Al Qaeda han anunciado —en marzo de 2017— su pragmática e interesada unión, con el firme propósito de reivindicar y consolidar su supremacía en el liderazgo de la yihad africana frente a la pretendida expansión del autoproclamado Estado Islámico (Daesh) en África.

Más al sur, en Nigeria, Boko Haram —rebautizada como *Wilayat Gharb Ifriquiya* o Provincia de África Occidental desde su alianza con *Daesh* en 2015— se ha convertido en el grupo yihadista más sanguinario de toda África. Desde 2009, cuando exacerbó su campaña de terror —bajo el liderazgo de Abubakar Shekau— en los tres Estados nororientales de Borno, Yobe y Adamawa, ha masacrado sistemáticamente a la población y ha destruido el sustento de millones de personas en el Lago Chad; y además ha secuestrado, para su execrable causa, a miles de ellos: hombres, mujeres y niños, que ahora están siendo progresivamente liberadas. En 2015, la extensión de sus ataques más allá de las fronteras ni-gerianas avivó la reacción de Camerún, Níger, Chad y Benín que, junto a Nigeria, emprendieron una lucha conjunta y con resultados tangibles —aunque, en excesivas ocasiones, denunciada por sus procedimientos abusivos contra los derechos más elementales de la población— contra este grupo yihadista; mientras que el juramento de fidelidad de Shekau a Abu Bakr Al Bagdadí le permitió “beneficiarse” —fundamentalmente, en términos propagandísticos— de la otrora expansión de Daesh que, a cambio, “fundaba” un nuevo feudo territorial de su maléfico y pretendido califato muy lejos de Oriente Medio. Ahora, Boko Haram atraviesa sus horas más bajas, aunque su potencial asesino y su capacidad de aterrorizar a la población sigue siendo extremadamente altos: a la presión militar regional se une ahora la lucha por liderazgo de la yihad en Nigeria —entre Abubakar Shekau y el histórico Abu Musab Al-Barnawi<sup>4</sup>, leal a Al Qaeda—, lo que

también puede significar la conexión del extremismo nigeriano con las filiales asentadas en Mali y, con ello, un ostensible incremento de la amenaza terrorista en África.

Otra dinámica que se ha multiplicado y transformado en el Sahel y en África Occidental se refiere al tráfico ilícito de todo tipo de mercancías, sustentado por una extensa y difusa red de crimen organizado que transcurre de forma impune por territorios y fronteras fuera de control. Durante siglos, los nómadas controlaban las rutas que atravesaban el vasto desierto sahariano, y cobraban peaje a los comerciantes que las transitaban. En las últimas décadas, el tráfico de drogas, armas y tabaco, los secuestros y, mucho más dramático, la trata de seres humanos se ha unido al comercio de mercancías y recursos; y ahora son otros muchos los que consiguen ingentes beneficios económicos —en la mayoría de los casos, a través de la extorsión o el cobro de peaje por transitar por sus “dominios”— con los que se lucran y financian sus actividades delictivas o terroristas. Además, estas han favorecido el incremento de la corrupción política y social, y doblegan, cada vez más, la voluntad y la capacidad de los Estados, que no tienen suficientes fuerzas policiales para hacerles frente o, todavía peor, también sacan rédito de este lucrativo negocio. En la actualidad, la línea que separa el crimen organizado y el terrorismo es cada vez más imprecisa; además, su creciente interrelación complica extremadamente la amenaza y, por ende, exige fortalecer el enfoque global de la respuesta, que supera con mucho el ámbito de la seguridad.

En este contexto africano, es indudable que las amenazas y sus potenciadores se retroalimentan, pues la mala gobernanza y la debilidad de las instituciones estatales, la violencia y el subdesarrollo han instigado la

<sup>4</sup> *Al-Barnawi Boko Haram faction responsible for recent attack*. Vanguard, 20/01/17. Disponible en <http://www.vanguardngr.com/2017/01/al-barnawi-boko-haram-faction-responsible-recent-attack/>. Fecha de consulta: 12/03/17.



eclosión de todo tipo de tráficos ilícitos y crimen organizado, que termina por alimentar la insurgencia rebelde y el terrorismo yihadista con total impunidad. En este ámbito, son muchas las evidencias que señalan la extensión de esta amenaza híbrida en el Sahel: AQMI, MUYAO o Ansar Dine se sufragan con el tráfico de cocaína procedente de Centroamérica, el contrabando de tabaco y el secuestro de occidentales<sup>5</sup>; y Boko Haram, además de conseguir también grandes cantidades económicas por la liberación de rehenes, extorsiona a los comerciantes locales y recauda impuestos entre una población destrozada por la violencia.

Por otro lado, todo el entramado yihadista también se beneficia del tránsito y del comercio ilícito de armas en la región, además de lucrarse del tránsito a las redes criminales que trafican con seres humanos por África Occidental, el Sahel y el norte de África para lanzarlos sin escrúpulos al Mar Mediterráneo como la manera más peligrosa e infame de alcanzar Europa. Con todo, erradicar este panorama de conflictividad, que aúna criminalidad y terrorismo, exige, tal y como preconiza Naciones Unidas, una estrategia integrada para toda la región, cuyos principales objetivos deben ser: el fortalecimiento de una gobernanza inclusiva y efectiva; la instauración de mecanismos de seguridad nacionales y regionales, capaces de controlar las amenazas transnacionales; y, por último, la integración planes e intervenciones humanitarias y de desarrollo<sup>6</sup>.

Hoy, los conflictos armados, el terrorismo yihadista y el crimen organizado conforman un círculo pernicioso en este extenso territorio africano —en la puerta sur de Europa— que no solo merma sus niveles

<sup>5</sup> Para más información y datos sobre la simbiosis entre tráficos ilícitos y terrorismo yihadista, ver *Traffickers and Terrorist: drugs and violent jihad in Mali and the wider Sahel*, Foreign & Commonwealth Office, 12/11/13. Disponible en <http://www.refworld.org/docid/53f361204.html>. Fecha de consulta: 02/03/17.

<sup>6</sup> *Informe del Secretario General sobre la situación en la región del Sahel (S/2013/354)*. Naciones Unidas, 14/06/13. Disponible en <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/2013/354>. Fecha de consulta: 07/02/17.

de seguridad, sino que amenaza con dinamitar la paz y la estabilidad de toda la región, frente a unos gobiernos incapaces de hacer frente, de forma autónoma, al descomunal desafío que supone su erradicación. Para conseguirlo, es necesario implementar y fortalecer un enfoque integral y holístico, que supere con mucho el estricto ámbito militar en el que, en la actualidad, se vuelca principalmente la reacción local y la colaboración desde el exterior. Sin duda, la respuesta en clave de seguridad es imprescindible —y debe estar respaldada por una implicación internacional aún mayor y más global de la que despliega en la actualidad—, pero si esta no va acompañada de otras medidas políticas, económicas y sociales que aborden y eliminen todas las condiciones que alientan la conflictividad, el esfuerzo —lamentablemente— habrá resultado baldío.

## **II. CONFLICTOS ARMADOS, ACUERDOS FALLIDOS Y LA DIFICULTAD DE CONSOLIDAR LA PAZ**

**E**n 1991, finalizaron casi cuatro décadas de Guerra Fría, un conflicto silencioso que mantuvo al mundo bajo el dominio de la rivalidad y la tensión entre dos bloques antagonistas: un vínculo que proporcionaba protección a los países, a través de la disuasión y la defensa colectiva, según su alineamiento bajo el liderazgo de Estados Unidos o la extinta URSS. África también se vio inmersa en esta dinámica mundial, que determinó además el periodo de emancipaciones nacionales en el continente —con carácter general, sin grandes enfrentamientos con las potencias coloniales— y que obligó a la mayoría de los nuevos países africanos a posicionarse en esta dicotomía geoestratégica, en el marco de una enorme dependencia política, económica y social de uno de los bloques enfrentados: el capitalista y el comunista.

Este lastre político, que buscaba evitar enfrentamientos internos que pudiesen generar tensiones internacionales, se tradujo en que la construcción de los Estados en toda África desatendió a muchas disputas

exacerbadas durante la época colonial que, en gran medida, eran consecuencia de la conformación arbitraria de las fronteras nacionales, pero también de la alteración de las formas tradicionales de vida y subsistencia africanas, fruto de las nuevas pautas económicas y sociales impuestas por el poder colonial. Así, las reclamaciones territoriales entre naciones y, dentro de ellas, entre tribus, comunidades o etnias —sin apenas sentimiento de identidad nacional— quedaron larvadas y subyugadas por la pesada losa de la Guerra Fría, pero más aún por los gobiernos despóticos y corruptos que se implantaron tras las independencias nacionales.

En este contexto, los dirigentes africanos no fueron capaces de gestionar esta nueva realidad, y, además, construyeron sus proyectos nacionales de espaldas o enfrentados a la mayoría de su población, que ya sufría una endémica pobreza, se ahogaba en el subdesarrollo, y a la que difícilmente alcanzaban los parabienes de la ansiada independencia. Así, la construcción de los Estados se tradujo en una profunda inestabilidad política y económica, y generó una enorme frustración social, el caldo de cultivo perfecto para que, tras el final de la Guerra Fría, eclosionaran conflictos muy violentos por todo el Continente: el genocidio de Ruanda en 1994, la primera guerra civil africana en la República Democrática del Congo en 1995 o la larga guerra entre el norte y sur en Sudán, que concluyó con la independencia de Sudán del Sur en 2011. Estos, y otros muchos, marcaron el devenir africano a finales del siglo XX; una travesía que, a pesar de la tangible mejoría en los niveles de seguridad, sigue estigmatizada por numerosos conflictos armados, especialmente cruentos en la franja del Sahel, una región convulsa e inestable que centra el escenario geográfico de este análisis.

En África, son tres conflictos armados los que siguen enconados, aun con notables diferencias en cuanto a su vigencia e intensidad, en nuestra región de estudio: Mali, República Centroafricana y Sudán del Sur. A pesar de la firma de distintos acuerdos de paz —por una culpabilidad compartida, con niveles disímiles, entre todas las partes implicadas en el conflicto—, todos ellos están hoy muy lejos de resultar efectivos. Así, las fallas políticas, sociales y de seguridad siguen superando

con mucho a los exiguos avances conseguidos hasta la fecha. Por ello, el enfrentamiento armado cimentado sobre las reivindicaciones violentas de actores no estatales —insurgencia rebelde, milicias terroristas o grupos criminales, estrechamente vinculados— que se valen de la recurrente debilidad e inestabilidad de los Estados para usurpar el monopolio del uso de la fuerza —principal parámetro de estatalidad— e imponer sus designios por el poder de las armas sobre una población totalmente indefensa y desprotegida.

Además, a esta nefasta situación se debe añadir el papel singular y concluyente del propio Estado en cada conflicto, especialmente significativo —por su manifiesta responsabilidad en la guerra civil— en Sudán del Sur. Aunque en el sustrato de estos conflictos subyacen motivos muy distintos, existen factores estructurales y coyunturales comunes en los países que los sufren; y también comparten que, frente a la conflictividad imperante en sus países y regiones, las distintas estrategias locales, regionales —e incluso internacionales— se manifiestan, cuanto menos, insuficientes: porque, centradas en exceso y casi en exclusiva en la consecución de la seguridad, están relegando la aplicación de medidas —buen gobierno y desarrollo— focalizadas en extirpar las condiciones más profundas y perdurables de las desavenencias entre Estado y sociedad.

Con todo, los parámetros de esta conflictividad siguen muy vigentes y, de esta forma, minan la confianza de la población en la capacidad y voluntad del Estado, además de provocar la extensión de todo tipo de violencia o instigar la captación de adeptos a la causa bélica entre millones de africanos, que ya no parecen resignarse a la situación de desarraigo, desigualdad y frustración que doblega su existencia y lastra su futuro. Unos factores que, además, se convierten en el principal obstáculo para erradicar la violencia y, por ende, se convierten en los aspectos sobre los que debe asentarse la resolución del conflicto:

- Carencia o mal funcionamiento de instituciones y administración estatales, tanto de gobierno como judiciales o de seguridad, que no se extienden por todo el territorio de soberanía.

- Escasa entidad, presencia y operatividad de fuerzas policiales y de seguridad, que no responden a la dimensión geográfica y demográfica de los distintos países, y que exige la cooperación internacional si se quiere afrontar la resolución del conflicto.
- Tráfico incontrolado de armas, de drogas y de seres humanos por las fronteras porosas y sin control, que alimenta y potencia la violencia, así como la capacidad de captación de los grupos armados.
- Pobreza, desigualdad, bajos niveles de educación y falta de expectativas entre la población, que genera altos niveles de frustración social y obliga, en muchos casos, a considerar la lucha armada como la única vía de reivindicación e, incluso, de supervivencia.
- Rivalidades entre las distintas etnias y comunidades por el poder y los recursos, que fueron alentadas durante la época colonial y que no se han resuelto desde las emancipaciones nacionales.

Como veremos a continuación, estos condicionantes, carencias y estándares de vida instigan —con mayor o menor intensidad— la ingente conflictividad que hoy provoca muerte, destrucción y miseria dentro de las fronteras nacionales. Unas hostilidades que también proyectan inestabilidad a toda la región y más allá, especialmente en Europa; y cuya resolución no puede circunscribirse únicamente al ámbito de la seguridad, sino que ha de contemplar profundas reformas políticas, económicas y sociales para acabar, de forma definitiva, con el sustrato que origina, nutre e impide frenar el conflicto. Así, y como paso previo a la consecución definitiva de la paz y la estabilidad nacional, es necesario consolidar unos acuerdos de paz certeros y mucho más inclusivos que no solo sellen el fin de las hostilidades, sino que abran una hoja de ruta integral y consensuada entre todos los actores en conflicto hacia una paz y estabilidad duradera; contemple medidas concretas para paliar y subsanar todas las razones de conflictividad; y aborde la reconstrucción del país, la reconciliación social y el impartición de la justicia como única garantía de futuro.

No obstante, sobre el terreno —en Mali, República Centroafricana y Sudán del Sur—, la implementación de sus respectivos acuerdos de paz está resultando extremadamente complicada, y aun no alcanzan a ser el camino esperado a la estabilidad, el desarrollo y una gobernanza más compartida e inclusiva. En estos y otros escenarios, solo el diálogo político y social acabará con el conflicto; y todas las partes involucradas deberían concienciarse de que cualquier otra opción solo coadyuvará a que la violencia siga determinando el acontecer de sus respectivos países, al tiempo que la paz se aleja peligrosamente y, con ella, la viabilidad del propio Estado.

## ***1. Mali***

### *A. Errático y quebradizo diálogo político*

Desde su independencia en 1960, Mali sufre una crisis recurrente en las regiones septentrionales, que se ha traducido en una permanente inestabilidad para todo el país. En Tombuctú, Gao y Kidal —2/3 partes del territorio nacional y donde habitan el 25% de la población maliense (3,8 millones)—, se han sucedido cuatro revueltas armadas: la primera (1963) concluyó por la vía de la represión armada, mientras que las de 1990 y 2006 finalizaron con sendos acuerdos de paz que, según denuncian los tuaregs, fueron sistemáticamente incumplidos. La última asonada de los rebeldes tuareg, que comenzó a finales de 2011, ha sido la más compleja y violenta: ha superado los enfrentamientos étnicos y sectarios contra el gobierno de Bamako y las fuerzas regulares de seguridad; y ha conducido, por primera vez, a la declaración unilateral de independencia de Azawad, en abril de 2012. Todas ellas, a pesar de las diferencias en su desarrollo y resolución, hunden sus raíces en una frágil gobernanza nacional, caracterizada por la debilidad de las instituciones estatales, la desatención y el subdesarrollo de las poblaciones del norte; y se han sustentado en las continuas denuncias de corrupción contra los dirigentes políticos.

Desde su inicio, la cuarta y última revuelta tuareg tuvo significativas diferencias respecto a las precedentes. En primer lugar, el respaldo popular no fue tan intenso como en 1990, pues ya muchos tuaregs y el resto de comunidades norteñas —tribus árabes y negras— mostraban su hartazgo después de tantos años de lucha, al tiempo que denunciaban que los rebeldes no les representaban. Por otro lado, la milicia armada tuareg que lideraba la revuelta —el Movimiento Nacional por la Liberación de Azawad (MNLA)— estaba formada por combatientes, bien preparados y fuertemente armados, que había regresado de Libia tras el derrocamiento y muerte del dictador Gadafi. Además, la insurgencia tuareg se topó sobre el terreno con grupos criminales y yihadistas —por entonces, AQMI, Ansar Dine y MUYAO— con los que rubricó un pacto de conveniencia que apenas duró hasta la declaración de la “independencia secular del Azawad” por parte del MNLA en abril de 2012.

Apenas dos meses después, los yihadistas secuestraron la revolución y expulsaron a los rebeldes tuaregs de sus principales bastiones en el norte de Mali; al tiempo que Bamako intentaba sobreponerse, a través de un débil gobierno de transición, del colapso institucional provocado por el golpe de Estado del capitán Amadou Sanogo en marzo de 2012. En el norte, y debido a la total ausencia de fuerzas de seguridad, los terroristas yihadistas comenzaron a imponer el rigor de la *sharia*, de forma tremendamente cruel, a una población indefensa cuya única salida era huir de sus hogares (400.000 pasaron a engrosar las listas de desplazados y refugiados en apenas unos meses). Quizás esta manifiesta superioridad fue el principal motivo para que, en enero de 2013, los extremistas lanzasen una potente ofensiva hacia Bamako, acción esta que provocó, tras la solicitud del presidente interino Dioncounda Traoré, la reacción inmediata de Francia (Operación Serval); aceleró el despliegue de una fuerzas de la Unión Africana (AFISMA), que fue sustituida en MINUSMA en julio; e impulsó, en abril, el despliegue de EUTM Mali para colaborar —a través del asesoramiento y adiestramiento militar— con la reforma del sector de seguridad maliense.

Gracias al despliegue de las fuerzas francesas y africanas, a finales de enero se recuperaron los principales enclaves norteños y, en el mes de marzo, los grupos armados —excepto el MNLA— habían sido prácticamente neutralizados, en las tres regiones, o habían huido del país, principalmente a Libia. Al tiempo, Bamako aprobó una hoja política de ruta basada en el restablecimiento de la integridad territorial y en la organización de elecciones libres y democráticas, que finalmente se celebraron en agosto y encumbraron a Ibrahim Keita a la presidencia del país. Pero poco se avanzaría en la reconstrucción del país sin un acuerdo de paz con los rebeldes tuaregs —siempre que renunciasen a la lucha armada y respetasen la unidad del país— y un proceso de reconciliación nacional: esencial para recuperar la confianza de toda la población y para asentar las bases para un futuro creíble de Mali como nación.

### *B. La errática implementación del acuerdo de paz*

Tras un periodo inicial de conversaciones de paz, que llevaron a la firma del efímero e incumplido Acuerdo de Ouagadougou (Burkina Faso) en junio de 2013; el deterioro de la seguridad en el norte de Mali —especialmente el vil ataque de los rebeldes del MNLA a unidades militares malienses en mayo de 2014—<sup>7</sup>, precipitó el inicio de las conversaciones de Argel en el mes de junio, que supuso el regreso de Argelia como mediador en los conflictos tuaregs. Después de nueve meses de intensas y complicadas negociaciones, el 1 de marzo se llegó a un acuerdo preliminar de paz y reconciliación entre el gobierno de Bamako y los grupos armados tuaregs y árabes, ya divididos entre movimientos pro gubernamentales —reconocidos como la Plataforma— y aquellos que protagonizaron la revuelta de 2012, reunidos la Coordinadora de Movimientos del Azawad. Aunque entonces no fue refrendado por la

<sup>7</sup> *Mali: Tuareg rebels 'defeat government army in Kidal'*. BBC, 22/05/14. Disponible en <http://www.bbc.com/news/world-africa-27511448>. Fecha de consulta: 07/03/17.



Coordinadora —coalición liderada por el Movimiento Nacional de Liberación de Azawad (MNLA)—, tan solo unos meses después —el 20 de junio de 2015 y gracias a una fuerte presión internacional— la capital Bamako fue testigo de la firma conjunta del Acuerdo de Paz y Reconciliación Nacional para Mali, que recogía todos los parámetros para atender a la necesaria refundación del país, basada en un amplio proceso de diálogo político, de reconciliación y de fortalecimiento de todas las instituciones estatales, especialmente su sector de seguridad.

No obstante, la implementación del acuerdo ha sufrido continuos retrasos y, como consecuencia, los resultados han sido menos significativos de lo esperado: una parálisis política aprovechada de forma espuria por el delirio yihadista, que ha incrementado su poder y su presencia en la región septentrional del país, desde donde se ha proyectado hacia la zona central de Mali y más allá de sus fronteras<sup>8</sup>. Sin duda, el logro más importante y difícil se ha conseguido, pues lejos quedan los virulentos ataques de los grupos rebeldes firmantes contra el ejército nacional tras la rúbrica del acuerdo; pero esto no ha sido suficiente para garantizar la seguridad en el país, y menos aún para devolver la confianza a la población maliense, que sigue dando muestras inequívocas de su hastío por la lenta marcha de la “refundación del país” —seguridad, democracia y desarrollo para toda la población—; así como de su desconfianza en la eficacia de la estrategia del gobierno para luchar contra la amenaza yihadista.

A principios de 2017, consciente del deterioro de la situación y de la necesidad urgente de avanzar hacia la paz, el presidente Keita anunciaba la celebración de una nueva Conferencia de Acuerdo Nacional que sería “un hito trascendental para la rehabilitación de la cohesión

<sup>8</sup> J. Díez Alcalde. *Mali 2017: superar el punto muerto*. Esglobal, 04/02/17. Disponible en <http://infomarruecos.ma/esglobal-mali-2017-superar-el-punto-muerto-jesus-diez-alcald/>. Fecha de consulta: 18/02/17.

social y la convivencia en Mali (...), y que debería permitir un debate a fondo, entre todos los componentes de la sociedad, sobre las causas profundas del conflicto”<sup>9</sup>. Pero una vez más, los yihadistas reaccionaron ante su principal enemigo: la posible estabilización del país, y pusieron de manifiesto su capacidad de vapulear el frágil proceso de paz<sup>10</sup>. El 18 de enero, el mayor ataque yihadista en Mali de toda su historia se saldó con el asesinato de más de 60 militares y miembros de los grupos tuaregs —Coordinadora y Plataforma— en un campamento militar de Gao, cuando se preparaban para lanzar las patrullas conjuntas que, al amparo del Mecanismo de Coordinación Operacional, están llamadas a garantizar la seguridad de la población ante la amenaza del extremismo islamista.

Lejos de amedrentarse ante la barbarie yihadista, o como una hábil reacción ante ella, los firmantes del acuerdo parecieron decididos a mostrar una mayor determinación para implementar la hoja de ruta pactada en 2015. Así, el 23 de febrero, soldados malienses y milicianos de los grupos rebeldes rivales realizaron su primera patrulla conjunta en la ciudad de Gao; mientras que, días después, las primeras autoridades locales y regionales —a pesar de numerosas protestas que cuestionaban su legitimidad— ocupaban sus cargos en los principales enclaves nor-teños: entre otros, Kidal, Gao, Menaka o Tombuctú, donde no había presencia estatal desde la crisis de 2012.

<sup>9</sup> *Conférence d'entente nationale: Le Président de la République, Ibrahim Boubacar Kéïta, annonce la tenue des assises nationales pour mars 2017*. L'Observatoire, 06/01/17. Disponible en [http://malijet.com/la\\_societe\\_malienne\\_aujourd'hui/actualite\\_de\\_la\\_nation\\_malienne/174593-conference-d-entente-nationale-le-president-de-la-republique-ibr.html](http://malijet.com/la_societe_malienne_aujourd'hui/actualite_de_la_nation_malienne/174593-conference-d-entente-nationale-le-president-de-la-republique-ibr.html). Fecha de consulta: 12/02/17.

<sup>10</sup> E. Ruguririza, M. Ben Chérif Diabeté y S. Tamani. *Gao attack highlights fragility of Mali peace process*. JusticeInfo.net, 23/01/17. Disponible en <http://www.justiceinfo.net/en/resources/gao-attack-highlights-fragility-of-mali-peace-process.html>. Fecha de consulta: 12/02/17.

Ambos acontecimientos, y aunque es necesario consolidar estos avances en el terreno, han supuesto un progreso muy significativo en la senda de la estabilización nacional; pero —como ya es costumbre en el escenario político maliense— tan solo unos días después el diálogo político volvió a enrarecerse. La anunciada Conferencia de Acuerdo Nacional, que comenzó en Bamako el 27 de marzo, fue inicialmente boicoteada por la Coordinadora tuareg y Confederación Sindical de Trabajadores de Malí; aunque finalmente cedieron a la presión del gobierno e internacional y todas las partes se sentaron a negociar. Como resultado, las medidas adoptadas estuvieron lejos de cubrir las expectativas iniciales, pero han vuelto a evidenciar —como señalaba el presidente Keita durante la clausura— que “la restauración de la seguridad, la reconquista de la unidad y el triunfo de la reconciliación nacional”<sup>11</sup> es la única vía para cimentar un futuro pacífico, estable y próspero para Mali.

## 2. *Sudán del Sur*

### A. *Una guerra fratricida provocada por el poder*

En julio de 2013, cuando se cumplía el segundo aniversario de la independencia de Sudán del Sur, el presidente Salva Kiir debió instaurar un gobierno nacional de transición, pero la expulsión del vicepresidente Riek Marchar —al que, en diciembre, se acusó de estar ideando un golpe de Estado— exacerbó una crisis política que ha soliviantado, de forma perversa, el enfrentamiento étnico hasta convertirlo en el conflicto étnico más grave que está sufriendo África. En apenas dos años, el país más joven del mundo derivó de la euforia por la emancipación de

<sup>11</sup> Keita describe el diálogo nacional en Mali como “un ejercicio indispensable” durante la clausura de las reuniones. Europa Press, 03/04/17. Disponible en <http://www.europapress.es/internacional/noticia-keita-describe-dialogo-nacional-mali-ejercicio-indispensable-clausura-reuniones-20170403071626.html>. Fecha de consulta: 06/04/17.

Sudán —después de casi cinco décadas de conflicto y lucha rebelde— al caos político, a la violencia sin límite y a la total frustración social. Tras más de tres años de lucha, la devastación y las continuas masacres han provocado una tragedia brutal: decenas de miles de muertos, casi tres millones y medio de desplazados y refugiados huyendo de la barbarie, y todos sus medios de subsistencia —cosecha y ganado— aniquilados. Además, y para agravar aún más la catástrofe, una hambruna “provocada por el hombre” ha matado de inanición a más de 100.000 sursudaneses y asedia a otros 5,5 millones —el 40% de la población—, que necesitan ayuda humanitaria de forma urgente. Aunque lo más dramático es que los responsables de este infierno están dentro sus fronteras, y sus atrocidades exigen justicia como condición ineludible para una paz duradera.

Durante estos años, las iniciativas para alcanzar un acuerdo de paz han sido incesantes, como reiterado el incumplimiento del cese de las hostilidades y del diálogo político. A pesar de ello, la determinación de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo de África Oriental (IGAD), con el respaldo de la comunidad internacional, se mantuvo firme para mediar en nuevas y sucesivas conversaciones de paz. Hasta que, en agosto de 2015, llegó la firma de un Acuerdo de Paz en la capital etíope, Addis Abeba, gracias a la implicación de la llamada Troika: Estados Unidos, Reino Unido y Noruega, y la presión diplomática de Naciones Unidas y la Unión Europea. No obstante, este complicado acuerdo tampoco ha servido para restablecer la paz.

En abril de 2016, Machar regresó finalmente a Juba. Por entonces, los autoproclamados “hermanos” se pusieron al frente del pactado Gobierno Nacional de Transición, que debía dirigir el país hasta unas nuevas elecciones presidenciales en abril de 2018. Tres meses después, justo el día en que se debía conmemorar el quinto aniversario de la independencia, la violencia volvió a soterrar cualquier atisbo de diálogo político. Machar huyó del país, mientras los enfrentamientos entre las distintas facciones armadas —tanto el ejército nacional como los numerosos grupos rebeldes— se extendieron por todo el territorio.

En este enconado panorama, el nombramiento —en septiembre de 2016— de Taban Deng Gai como vicepresidente del país ha sido la última asonada política de Salva Kiir contra el Acuerdo de Paz; al tiempo que Machar se niega a regresar hasta ser restituido en su cargo, aunque sigue liderando los ataques armados de sus secuaces desde su retiro en Sudáfrica. En clave interna, la única salida viable es que —sin más demora— ambos abandonen voluntariamente la esfera política y permitan, de una vez, que el país cambie su errático y violento rumbo. Por ello, y como señalaba —ya en febrero de 2015— un demoledor informe del Secretario General ONU, es urgente que “la comunidad internacional haga ver a los dirigentes de Sudán del Sur que no pueden seguir supeditando el destino del país a sus ambiciones personales”<sup>12</sup>. Por el momento, esto no va a ocurrir, pues el poder político sigue justificando y disculpando su actitud con razones espurias; sus propuestas carecen de cualquier atisbo de razón; y solo contempla la solución militar —seguir flagelando a una población indefensa y muerta de hambre— como única vía para solventar sus nocivas reyertas.

### *B. La huida hacia adelante del Presidente Kiir*

A finales de febrero de 2017, en una manifiesta huida hacia adelante y con la pretensión de eludir su responsabilidad en el conflicto, Kiir renovó ante el Parlamento su propuesta de entablar un nuevo diálogo nacional inclusivo porque “es una prioridad clave para este gobierno y una importante cuestión nacional destinada a unir al pueblo de Sudán del Sur, consolidar la paz y mejorar la seguridad”<sup>13</sup>, pero sin considerar la inevitable participación del ex vicepresidente Machar. Días después, el

<sup>12</sup> *Informe del Secretario General sobre Sudán del Sur (S/2017/118)*. Naciones Unidas, 17/02/15. Disponible en <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/2015/118>. Fecha de consulta: 11/02/17.

<sup>13</sup> P. Mwayi y Agencias. *South Sudan's Kiir renews call for national dialogue with Opposition*. Daily Monitor, 22/02/17. Disponible en <http://www.monitor.co.ug/News/National/>

10 de marzo, prometió liberar a todos los presos políticos en la clausura del Día Nacional de la Oración, en el que pidió a sus compatriotas que rezasen por la paz: “una oración política y una burla —como denunciaba el obispo auxiliar de Juba, Pio Doggale— (...) cuando, ahora, los soldados están cazando gente en Sudán del Sur”<sup>14</sup>. Por último, y tras declarar la hambruna en varios estados del norte del país, Kiir subrayó su compromiso para que todas las organizaciones humanitarias tuviesen acceso libre a la población necesitada, cuando la realidad es que multiplicó por cien el coste de sus permisos para trabajar; mientras continúa comprando armas —por la falta de consenso en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (abstención de Rusia y China) para imponer el embargo— para alimentar la guerra, en vez de paliar el hambre de su población. Con todo, dentro y fuera del país, ya nadie debería confiar en su denostado “proyecto político”, y menos aún en su capacidad para asentar una paz fiable y duradera.

Ante este cruento dislate, la comunidad internacional —con claro protagonismo de África, que todavía parece evitar su responsabilidad— debe redoblar sus esfuerzos para forzar la paz. En el ámbito político, la Unión Africana (UA), con el máximo respaldo internacional, está obligada a liderar —“soluciones africanas”— la resolución de un inaguantable “problema africano”, y garantizar sin atajos la instauración de un tribunal híbrido —nacional e internacional— que investigue todos los crímenes cometidos y lleve a los culpables de tanta atrocidad ante la justicia. En la actualidad, la UA aboga por la salida dialogada a esta cruenta guerra civil, pero resulta imprescindible que se cumplan las condiciones apuntadas, el 9 de marzo de 2017, por su alto representante para Sudán del Sur, Alpha Konare: un líder neutral

South-Sudan-president-renews-call-dialogue-Opposition/688334-3823240-brxgg4z/index.html. Fecha de consulta: 26/02/17.

<sup>14</sup> S. *Sudan bishop criticises Kiir's national day of prayer*. Sudan Tribune, 03/03/17. Disponible en <http://sudantribune.com/spip.php?article61789>. Fecha de consulta: 07/03/17.

y sin intereses debe dirigir el proceso de paz, los principales grupos armados de la oposición —en clara referencia al SPLM de Machar— tienen que estar representados, y sus dirigentes están obligados a contar la verdad a su pueblo porque, como denuncia, tanto el gobierno como la oposición son parte de esta crisis<sup>15</sup>.

En la actualidad, resulta imposible dimensionar el sufrimiento de 11 millones de sursudaneses por un conflicto generado por la ambición de poder y por la usurpación de los recursos nacionales, pero es evidente que esta guerra fratricida amenaza la propia existencia de Sudán del Sur, con la producción petrolera y las finanzas públicas destrozadas por la violencia y el desgobierno; y su inestabilidad ya se proyecta indudablemente mucho más allá de sus fronteras. El final no está cerca, y este país africano exige ayuda internacional sin retraso ni excusas. Ante este panorama, si la comunidad internacional no actúa con celeridad y determinación, habrá que asumir que la catástrofe será aún peor; o incluso lamentar que otro genocidio en África, con el concierto de todos, podría haberse evitado.

### ***3. República Centroafricana***

#### *A. Un país destrozado por una instigada violencia confesional*

Desde su independencia de Francia en 1960, el devenir de la República Centroafricana ha estado marcado por una concatenación de golpes de estado y por el uso de la fuerza como la estrategia más eficaz para perpetuarse en el poder. Los sucesivos presidentes han instrumentalizado a las reducidas Fuerzas Armadas Centroafricanas —apenas 7.000 efectivos—, a las que reorganizaban con miembros de su propia

<sup>15</sup> *S. Sudan National Dialogue needs a neutral leader: AU Envoy. Niamile, 08/03/17.* Disponible en <http://nyamile.com/2017/03/08/south-sudan-national-dialogue-needs-a-neutral-leader-au-envoy/>. Fecha de consulta: 02/04/17.

etnia y, como consecuencia, eran tremendamente despóticas con la población, apenas extendían la seguridad más allá de la capital Bangui, y se convertían, además, en una amenaza interna para el siguiente gobernante. Todas estas condiciones se agudizaron tras la asonada militar del rebelde musulmán Michael Djotodia que, al frente de la coalición Seleka y con la ayuda de mercenarios de Chad y Sudán, arrebató el poder al presidente Bozizé en marzo de 2013, y abrió el periodo más convulso y violento que nunca ha conocido el país.

Tras su llegada a Bangui, el gobierno de Djotodia no adoptó ninguna iniciativa para atender a las reivindicaciones que justificaron su rebelión: terminar con la mala gobernanza, con la discriminación de la población musulmana y con el subdesarrollo del nordeste del país. Por el contrario, los nuevos dirigentes y las milicias Seleka pronto demostraron que su única y deleznable intención era detentar el poder para usurpar las riquezas centroafricanas, especialmente oro y diamantes, y para vaciar las arcas del Estado: lo que antes denunciaban del gobierno de Bozizé, se convertía ahora en su propia dinámica de poder. Así, desde Bangui, las fuerzas rebeldes de mayoría musulmana se extendieron hacia el este para suplantar la administración local y controlar las explotaciones mineras; mientras que fortalecieron aún más su poder en el oeste, con continuos saqueos y masacres a una población aterrorizada e indefensa. En septiembre de 2013, y en un intento de estabilizar la situación, Djotodia ordenó disolver la coalición Seleka, a la que no atendieron los principales líderes rebeldes y que solo provocó el incremento de la violencia en Bangui, convertida en el epicentro del caos y del colapso en el que se había hundido el país, y donde los no musulmanes eran las principales víctimas.



En diciembre de 2013, la irrupción en Bangui de las milicias Anti Balaka —de mayoría cristiana y animista— hizo estallar el conflicto confesional, que se ha convertido en la razón instigada e inventada para agudizar los enfrentamientos. En tan solo un mes, la sanguinaria venganza de los Anti Balaka contra “todo lo musulmán” dejó más de 50.000 muertos y provocó la lamentable huída de cientos de miles de musulmanes, que abandonaron el país o se guarecieron en improvisados campos de desplazados y en las misiones religiosas. En este escenario, cuando las matanzas más execrables asolaban Bangui, la operación francesa Sangarís (2.000 militares) y la fuerza africana MISCA (7.500 militares y policías), autorizadas por Naciones Unidas, se vieron inicialmente sobrepasadas por la violencia y por el rechazo de la población, que desconfiaba de su imparcialidad para frenar el conflicto sectario. Tampoco, la dimisión forzada de Djotodia y la designación de Samba Panza como presidenta interina, en enero de 2014, supuso una oportunidad para la paz, pues el sentimiento de odio y venganza, lejos de desaparecer, se agravó de forma alarmante.

Sin embargo, a partir de abril de 2014, la situación comenzó a revertir en Bangui, en especial gracias a la misión europea EUFOR RCA que, con 750 efectivos en el terreno (115 militares españoles de operaciones especiales y de la Guardia Civil) y un mandato robusto para proteger a la población, consiguió devolver una ostensible normalidad a la capital y facilitar el despliegue de la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en la República Centroafricana (MINUSCA)<sup>16</sup>. En septiembre de 2014, MINUSCA reemplazó a MISCA y, en marzo de 2015, tomó el relevo de EUFOR RCA para asumir la responsabilidad de devolver la estabilidad a toda la República Centroafricana, por entonces con el apoyo de las fuerzas de la Opera-

<sup>16</sup> Página oficial MINUSCA: <http://www.un.org/es/peacekeeping/missions/minusca/>.

ción Sangarís, que finalmente finalizó su despliegue en el país africano en julio de 2016.

Desde entonces, y más especialmente desde la instauración de un gobierno democrático en marzo de 2016, las fuerzas de Naciones Unidas —con 12.158 efectivos— ha aumentado sus cometidos<sup>17</sup> que, con la protección de la población como primera prioridad, se focalizan ahora en fomentar la promoción del diálogo entre todas las partes, la reconciliación y la ampliación del poder estatal; en promover y proteger los derechos humanos —en un país donde, entre otras violaciones, se suceden a diario asesinatos, arrestos y detenciones arbitrarias y secuestros—; además de apoyar la imprescindible reforma del sector de la seguridad e implantar medidas judiciales para evitar que la impunidad cierre las heridas en falso<sup>18</sup>. Con todo, MINUSCA se ha convertido en el principal respaldo internacional para la paz de la República Centroafricana, así como el principal soporte para la consolidación de su soberanía.

### *B. Paz y reconciliación: el enorme desafío para el Presidente Touadéra*

En la actualidad, y aunque la seguridad y el control sobre el territorio siguen siendo los desafíos prioritarios, los actuales dirigentes políticos de la República Centroafricana —encabezados por su presidente democrático Faustin Archange Touadéra— deben redoblar sus esfuerzos para enfrentar, de forma más definitiva, el enorme reto que entraña poner fin a la violencia imperante en el país y atender a una certera reconstrucción del Estado. Una reconstrucción que debe asentarse sobre la consolidación de un todavía exiguo acuerdo de paz y reconciliación,

<sup>17</sup> *Resolución 2301 (2016) del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas*, 26/07/16. Disponible en [http://undocs.org/sp/S/RES/2301\(2016\)](http://undocs.org/sp/S/RES/2301(2016)). Fecha de consulta: 09/02/17.

<sup>18</sup> *Informe del Secretario General sobre la República Centroafricana (S/2017/94)*. Naciones Unidas, 01/02/17. Disponible en <https://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/2017/94>. Fecha de consulta: 09/02/17.

así como en el total restablecimiento de la autoridad estatal dentro de las fronteras nacionales. En el camino hacia la paz, el primer conato de acuerdo se produjo en Brazzaville (República del Congo) en julio de 2014 y, aunque tuvo una insustancial repercusión en términos de seguridad, marcó el posicionamiento de los grupos rebeldes —también su división interna—, cuyos líderes pretendían erigirse como dirigentes políticos para seguir controlando el poder, pero también para granjearse la impunidad.

Después de incesantes demoras, el Foro de Reconciliación y Diálogo Nacional de Bangui se celebró entre el 4 y el 11 de mayo de 2015, con el gobierno interino de Catherine Samba-Panza y la comunidad internacional manteniendo la integridad territorial como línea infranqueable. En los prolegómenos del trascendental encuentro, los Seleka —tanto en la capital como desde sus bastiones en el noreste del país y en la capital— se dividían entre los que reclaman la partición del país —el Frente Popular para el Renacimiento de Centroáfrica (FPRC) de Noureddine Adam—, frente a los más moderados que abogan por el diálogo y su adhesión interesada a la política, como la Reunión Patriótica por la Renovación de Centroáfrica (RPRC) liderada por el general Joseph Zoundeiko; mientras que los Anti Balaka mostraban de nuevo su escasa cohesión interna.

Aunque el Foro fue desautorizado posteriormente por varios líderes rebeldes, su celebración marcó un hito trascendental para cimentar —a través del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción de las milicias rebeldes— la instauración de un sector de seguridad que, en un futuro aún muy lejano, debe garantizar la protección de la población y la defensa de todo el territorio de soberanía. Pero, sobre todo, este embrionario acuerdo puso las bases políticas y sociales para la aprobación, en diciembre de 2015, de una nueva Constitución; y, tan solo unos días después, permitió celebrar unas elecciones democráticas —ausentes en el país desde 1993— que convirtieron a Faustin Archange Touadéra en el nuevo líder del futuro centroafricano.

Desde el 30 de marzo de 2016, el presidente Touadéra intenta mantener —a pesar de los grandes obstáculos que enfrenta— el compromiso que anunció en su multitudinaria investidura: “La máxima prioridad es la seguridad y la defensa de una nación sostenible. La seguridad es la primera libertad. Todo se hará para que los centroafricanos vivan en paz y con seguridad en todo el país. La República Centroafricana es una e indivisible. Y lo seguirá siendo”<sup>19</sup>. En el ámbito de la seguridad, la situación sigue determinada por una calma tensa en Bangui —estigmatizada por la criminalidad— mientras que en el resto del país se han incrementado las tensiones y los brotes de violencia entre grupos rebeldes y los niveles de delincuencia, tanto por la estación seca como por los movimientos migratorios.

Mientras, el gobierno sigue sin abordar las causas fundamentales del conflicto, y los dirigentes de los distintos grupos armados —tanto los enfrentados ex Seleka como los Anti Balaka— fortalecen sus posiciones para sacar rédito de las conversaciones sobre el desarme, la desmovilización, la reintegración y la repatriación de sus combatientes. Un clima generalizado de lucha armada —especialmente grave en el corredor Bria-Bambari, en la región nororiental— que sigue socavando el restablecimiento de la autoridad estatal más allá de Bangui, pues a la práctica totalidad del país hoy solo alcanzan las fuerzas internacionales de Naciones Unidas.

Con todo, y aunque la situación dista mucho del total colapso que hundió al país tras la investida golpista de Djotodia en 2013, aún quedan muchas heridas sangrantes en la República Centroafricana: el país sigue fracturado de facto en dos territorios y el fin del conflicto todavía no se vislumbra más allá de los límites de Bangui. Frente a este complicado escenario, y con la inexcusable ayuda internacional, el

<sup>19</sup> *Discours d'investiture de Son Excellence Pr. Faustin Archange Touadéra, Président de la République, Chef de L'Etat.* 30/03/16. Disponible en <http://le-rdc.over-blog.com/discours-d-investiture-de-son-excellence-pr-faustin-archange-touadera-president-de-la-republique-chef-de-l-etat-bangui-30-mars-2016.html>. Fecha de consulta: 03/04/17.

presidente Touadéra deberá reforzar su proclamada “hoja de ruta”, que se sustenta en la búsqueda de la paz y la reconciliación mediante un diálogo de extensa representación política y social, fomentado por las comunidades locales como pilar para la reconstrucción nacional. En febrero de 2016, durante la campaña presidencial, el candidato Anicet Dologuélé definió —de forma certera— a la República Centroafricana: “Esto no es un país. Es un territorio. No existe un Estado, no queda nada”<sup>20</sup>. Hoy, a pesar del patente pero exiguo progreso en la consecución de la paz, esta sigue siendo la realidad centroafricana, que no mutará hasta que no se detenga el sufrimiento humano provocado por más de tres años de conflicto fratricida y, de forma paralela, se preste la atención debida a la reconstrucción nacional que, en el mejor de los casos, necesitará décadas para cimentarse.

### III. LA CRECIENTE EXPANSIÓN DEL YIHADISMO EN ÁFRICA

Según el índice *Global Terrorism Index 2016*<sup>21</sup>, las víctimas mortales provocadas por la sinrazón yihadista se han reducido —por primera vez desde 2010— en un 10 por ciento, principalmente debido a las intensas campañas contra los grupos terroristas en Irak y Nigeria. Sin embargo, y a pesar de la excepción en ambos países, las muertes provocadas por la sinrazón terrorista en el resto del mundo ha aumentado un 14 por ciento entre 2014 y 2015, confirmando así una alarmante tendencia que se inició en el presente siglo, y cuyo aumento ha sido exponencial

<sup>20</sup> J. Bavier. *Stability still elusive despite peaceful Central African election*. Reuters, 22/02/16. Disponible en <http://www.reuters.com/article/us-centralafrica-economy-idUSKCN0VV0DU>. Fecha de consulta: 03/03/17.

<sup>21</sup> *Global Terrorism Index 2016*. *Institute Economics and Peace*, 2016. Disponible en <http://economicsandpeace.org/wp-content/uploads/2016/11/Global-Terrorism-Index-2016.2.pdf>. Fecha de consulta 09/02/17.

a partir del 2011, potenciado por las revueltas árabes —desde el norte de África hasta Oriente Medio— y por el derrocamiento del régimen libio de Muamar al Gadafi, cuyas consecuencias han repercutido negativamente en términos de seguridad a nivel regional, especialmente en la expansión de la lacra terrorista. Por otro lado, la permanente batalla interna que enfrenta a la originaria Al Qaeda —centrada en Irak, Pakistán y Afganistán— con el autodenominado Estado Islámico, liderado por Al Bagdadí, se ha proyectado en los últimos años al continente africano, aunque no con tanta virulencia como muestra en Oriente Medio; y hoy África amenaza con convertirse en el nuevo campo de lucha entre las dos principales ramas de la internacional yihadista.

En este nuevo escenario de confrontación, África ocupa un espacio central de la nueva deriva internacional del yihadismo, hasta convertirse en la región del mundo donde más rápido ha proliferado esta cruenta y difusa amenaza, tanto por el número y la entidad de los grupos extremistas como por sus escenarios de actuación, que además atraviesa sin control las porosas fronteras nacionales. Como señala el citado *Global Terrorism Index 2016*, África del Norte y Subsahariana —junto con Oriente Medio y el sur de Asia— centralizan el mayor porcentaje del terrorismo internacional, pues en estas regiones se ha producido el 84% de los ataques y el 95% de las víctimas mortales.

Desde el norte de África —donde se asientan los santuarios extremistas desde la década de los noventa— hasta Nigeria —cuna del grupo terrorista más sanguinario de África: Boko Haram—, se abre una alarante “autopista” por la que se expande el salafismo yihadista, que ya amenaza al norte de países como Benín, Togo o Costa de Marfil. Una región donde —como alertaba el antiguo secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon—<sup>22</sup> “el nexo entre el desarrollo y la seguridad es

<sup>22</sup> *Informe del Secretario General sobre la situación en la región del Sabel (S/2013/354)*. Naciones Unidas 14/06/13. Disponible en <http://www.un.org/es/comun/>

más evidente que en otro cualquier otro lugar. Solo adoptando medidas firmes, comunes y preventivas orientadas principalmente hacia el desarrollo podremos evitar que el Sahel se convierta en una zona dominada por los grupos terroristas y delictivos que socavan nuestra seguridad común”.

Por otro lado, África se ha convertido en una zona de exportación del yihadismo: los países de la ribera sur del Mediterráneo son los mayores proveedores mundiales de radicales hacia Irak o Siria, además de ser la región donde más efecto está teniendo la fragmentación del liderazgo de la *yihad global*. A partir de 2014, en una campaña orquestada por el propio Al Bagdadí<sup>23</sup>, emergieron milicias islamistas aliadas con el auto-proclamado Estado Islámico (*Daesh*) en Egipto, Libia, Túnez y Argelia; a las que se unió, en marzo de 2015, el movimiento terrorista Boko Haram. Desde entonces, las campañas militares contra el terrorismo de *Daesh* —especialmente Libia y Nigeria— han diezariado las filas de los grupos yihadistas locales; pero también han provocado la huida de muchos extremistas a sus guaridas en la región libia de Fezzan, donde ahora redefinen su estrategia. En cuanto a los grupos leales a la Al Qaeda de Al Zawahiri, el protagonismo pretende asumirlo —desde marzo de 2017— la nueva alianza extremista “*Jamaat Nusrat Al Islam wa Al Muslimin*” (Frente de Apoyo al Islam y a los Musulmanes) que, bajo el proclamado liderazgo del yihadista tuareg Iyad Ag Gahli, aúna a su grupo Ansar Dine con Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI), Al Morabitun y el Frente de Liberación de Macina, para conseguir el pretendido objetivo de “dejar a un lado las diferencias y frenar sus enfrentamientos”<sup>24</sup>,

docs/?symbol=S/2013/354. Fecha de consulta: 13/02/17.

<sup>23</sup> *The Islamic State's Potential to Expand to North Africa*. The Soufan Group, 24/11/14. Disponible en <http://soufangroup.com/tsg-intelbrief-the-islamic-states-potential-to-expand-to-north-africa/>. Fecha de consulta: 30/01/15.

<sup>24</sup> *Factbox: Fractured mosaic of North Africa's militant groups*. Reuters, 01/10/14. Disponible en <http://www.reuters.com/article/2014/10/01/us-mideast-crisis-egypt-libya-factbox-idUSKCN0HQZ2Q20141001> Fecha de consulta: 06/02/15.

sumar fuerzas frente a la presión local e internacional y, además, enfren-tar batalla común a la expansión de Daesh en África, que pretende fortalecer así su hegemonía territorial.

Con estos parámetros, África amenaza con convertirse —lejos del interés mediático y de la respuesta internacional que debería suscitar— en el epicentro del yihadismo internacional y, tras el constatado declive en Oriente Medio, también en el principal escenario de enfrentamiento entre Al Qaeda y *Daesh*. Hasta ahora, y aunque todos los grupos yihadistas comparten el ideario maximalista de imponer la interpretación salafista del Islam y aplicar cruelmente la *sharia*, la relación de los grupos extremistas africanos con sus correligionarios en Oriente Medio ha sido únicamente de lealtad y compromiso ideológico, pero nunca de jerarquía ni de dependencia. De hecho, el movimiento yihadista internacional nunca ha tenido una estructura centralizada, y tampoco tienen la misma ambición territorial, pues el extremismo islamista en el continente africano no tiene, por el momento, una constatada vocación internacional, sin que esto signifique que sus acciones no busquen una repercusión global.

Pero más allá de su relación con la yihad global, el aspecto más importante para entender la eclosión de milicias islamistas en el norte de África y el Sahel es que, además del apoyo que reciben del exterior, el contexto en el que se asientan se ha convertido en el mejor nutriente para aumentar su capacidad de captación, radicalización y financiación, que son los principales soportes para lograr su persistencia y expansión. En muchos países africanos donde está presente hoy el yihadismo, la mala gobernanza, la corrupción y la inestabilidad política, la ausencia del imperio de la ley o las reivindicaciones sociales han forjado las condiciones más idóneas para la expansión de la violencia extremista; y todos estos parámetros, mucho más que la pobreza o el subdesarrollo, generan unos sentimientos de desarraigo y frustración social que los yihadistas explotan entre la población musulmana para captar adeptos a su vil causa y someterlos a su interpretación radical, fanática y violenta del Islam.



Por último, y como vimos anteriormente, los grupos yihadistas africanos han incrementado su actividad terrorista y su poder económico gracias a su incursión en las intrincadas redes del crimen organizado — tráfico de armas, drogas, recursos naturales e, incluso, de seres humanos—, la extorsión o el secuestro de occidentales, además de los continuos saqueos de poblaciones indefensas: “El Sahel —como señalaba el secretario general de Naciones Unidas a finales de 2015— sigue siendo epicentro del tráfico de drogas, cuyas redes llegan a toda la región de África Occidental y África del Norte. El tráfico ilícito, en particular de drogas, cigarrillos y migrantes, sigue constituyendo una grave amenaza para la seguridad regional, debido a la participación en dicho tráfico de grupos armados y movimientos terroristas, así como a la competencia entre estos por el control de las rutas. Los grupos armados proporcionan seguridad y escolta a los convoyes de traficantes que transitan por las zonas bajo su control y, a cambio, reciben cantidades sustanciales de dinero”<sup>25</sup>. Como resultado evidente, la criminalidad organizada está permitiendo la financiación local de los yihadistas que, además de tener una menor dependencia de ayudas y donaciones externas, ejercen una suerte de “acción social” para secuestrar la voluntad de una población que, en muchas ocasiones, acusa a sus gobiernos de haberla hundido en el subdesarrollo y en la inseguridad.

### *1. Santuarios africanos para el salafismo violento*

En la actualidad, y en términos de gravedad de la amenaza yihadista, los principales focos de interés en el Sahel y África Occidental son Mali —muy condicionado por el actual devenir de Libia— y Nigeria.

<sup>25</sup> *Progresos en la aplicación de la Estrategia Integrada de las Naciones Unidas para el Sahel. Informe Secretario General de Naciones Unidas S/2015/866*. Naciones Unidas, 12/11/15. Disponible en <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/2015/866>. Fecha de consulta: 03/04/17.

Desde 2009, y a pesar del señalado decremento de la actividad yihadista en los últimos dos años, se ha producido un aumento dramático de incidentes y muertes perpetradas por las milicias terroristas; y más importante aún ha sido su expansión territorial, en un amplio arco que abarca desde el norte del continente africano hasta el Cuerno de África, que contamina gran parte del Sahel y de la región de África Occidental. En este contexto, las milicias terroristas —tanto las leales a Al Qaeda como a *Daesh*— han demostrado una gran capacidad de resiliencia, y afrontan ahora nuevas tácticas de supervivencia frente a una ofensiva local e internacional que —aún con importantes avances— no ha dado los resultados esperados.

Eso ocurre, entre otras razones, porque la estrategia para erradicar el yihadismo ha dado una excesiva prioridad a la respuesta en el ámbito de la seguridad, y los distintos gobiernos africanos —amparados en la narrativa de que el yihadismo es una amenaza global y, como tal, requiere una respuesta internacional— apenas han articulado medidas locales y regionales que fomenten la buena gobernanza y el desarrollo, ni tampoco han sido eficaces en sus políticas —si es que las han puesto en práctica— para erradicar el crimen organizado. Ante estas carencias, la ideología extremista seguirá extendiéndose por el Sahel y África Occidental —aunque sin un apoyo social significativo—, porque las condiciones que sustentan la capacidad de reclutamiento y subsistencia del entramado yihadista siguen presentes, apoyadas en una inestabilidad política que alimenta el extremismo y favorece su expansión.

## ***2. Libia: colapso del Estado y fortaleza del yihadismo***

**E**n el norte de África, desde el derrocamiento del dictador Gadafi en 2011, Libia se ha hundido progresivamente en el caos y el desgobierno; y —trascurridos más de cinco años— nada apunta a que el país esté en la senda de la reconstrucción estatal. Por el contrario, sin unidad, muchos vaticinan que Libia se dirige a la total desintegración, el colapso nacional se ha convertido en la plataforma perfecta para los contraban-

distas de seres humanos, y el país se ha convertido en un refugio seguro para cientos de yihadistas, vinculados mayoritariamente al autoproclamado Estado Islámico de Al Bagdadí pero también a Al Qaeda, como el grupo Ansar al-Sharia: responsable del atentado terrorista en el consulado estadounidense de 2012. Desde las fallidas revueltas sociales de 2011 y tras la cuestionada intervención internacional, Libia ha transitado desde una guerra civil a gran escala, que tuvo su punto más grave cuando la coalición de milicias islamistas de Misrata —Amanecer Libio— tomó Trípoli en julio de 2014, hasta un exiguo e incumplido acuerdo de paz —firmado en 2015 y auspiciado por Naciones Unidas— que, por el momento, solo es papel mojado en el terreno. Y envolviendo toda esta crisis; el ritmo del desastre lo siguen marcando las disputas políticas, la ausencia de instituciones estatales y la permanente lucha por el poder, que han generado el escenario perfecto para la expansión del yihadismo dentro de las fronteras libias, así como su proyección a todas las regiones limítrofes.

En mayo de 2014, el ex General Khalifa Haftar —ahora líder inquestionable de la Cámara de Representantes— lanzó la *Operación Dignidad* con el pretexto de aniquilar al grupo yihadista Ansar Al Sharia Libia, con el apoyo de numerosas milicias no islamistas, entre ellas, la de Zintan. Sin embargo, su aspiración final era derrocar al gobierno libio de Trípoli, de mayoría islamista y liderado entonces por Ali Zeidan. Tras esta ofensiva armada, en junio, la celebración de unas nuevas elecciones, que registraron un ínfimo porcentaje 18% de participación, se cerraron con una flagrante derrota de los islamistas moderados. Lejos de aceptarla, y apoyados por la compleja coalición armada *Amanecer Libio*<sup>26</sup>, instauraron de nuevo el Congreso General Nacional en Trípoli

<sup>26</sup> En muchos análisis e informes, Amanecer Libio (Lybia Dawn o Fajr Lybia) aparece como un grupo armado islamista, con especial protagonismo de las milicias de Misrata (una urbe marcadamente mercantilista) que se enfrenta contra las fuerzas militares y la milicia de Zintan, bajo el mando del antiguo general Khalifa Hafter. La cuestión no es tan simple,

—con Omar Al Hassi al frente y respaldado por Turquía y Qatar—, y expulsaron a la recién elegida Cámara de Representantes, que se refugió en la ciudad oriental de Tobruk.

Desde agosto de 2014, el “gobierno” de Tobruk, a pesar de contar con un cuestionado reconocimiento de la comunidad internacional y el apoyo explícito de Egipto y Arabia Saudí, fracasó en su intención de llenar el inmenso vacío de poder y seguridad en el país; al tiempo que la decisión de la Suprema Corte Constitucional de Libia, en noviembre de 2014, de declarar ilegales las pasadas elecciones dejó la situación en un “punto muerto” del que tan solo la violencia sacó rédito. En el ámbito político, la Cámara de Representantes de Tobruk rechazó el fallo, mientras que el parlamento rival en Trípoli proclamó el Nuevo Congreso Nacional General.

Aprovechando el vacío de poder, la ramificación libia de Daesh —cuya influencia estaba originalmente limitada a la ciudad de Derna— incrementó sus ofensivas contra todos los bandos —fuerzas regulares y rebeldes, así como milicias yihadistas leales a Al Qaeda— con el objetivo de ampliar su califato en el norte de África. En marzo de 2015, los islamistas violentos arrebataron a las milicias de Misrata la ciudad de Sirte, que se convirtió así en su centro neurálgico y punto de entrada de extremistas procedentes de países norteafricanos —Túnez y Argelia, fundamentalmente, pero también Nigeria—, además de Siria e Irak. En una guerra sin cuartel, los distintos grupos yihadistas —filiales de Al Qaeda y de Daesh— y las milicias rebeldes agudizaron sus enfrentamientos, al tiempo que el Ejército Nacional Libio de Haftar lanzaba contundentes ofensivas terrestres y aéreas contra todas ellas para hacerse con el control efectivo del territorio, especialmente del área conocida como *Oil Crescent* (la zona adyacente al golfo de Sirte), donde se aglutina el 70% de la producción petrolera.

---

y la realidad tiene muchas aristas: entre otras, la coalición Amanecer Libio está constituido por grupos islamistas y no islamistas, así como por comunidades tribales, que tienen como común denominador el rechazo frontal al régimen de Gadafi y sus herederos.

Ante este escenario, Naciones Unidas redobló sus esfuerzos para doblegar los intereses de los dos gobiernos paralelos de Trípoli y Tobruk, que finalmente accedieron a firmar, el 17 de diciembre de 2015, el “Acuerdo Político de Libia” o “Acuerdo de Skhirat”, por el que debía constituirse un Consejo Presidencial y un Gobierno de Acuerdo Nacional, con miras a celebrar nuevas elecciones generales a finales de 2017. Sin embargo, en todo este tiempo no ha habido ningún avance sustancial en la estabilización política de Libia, que sigue inmersa en una violenta crisis marcada por el enfrentamiento armado entre las distintas facciones de poder y por la falta de voluntad para llegar al más mínimo acuerdo.

En medio del caos, Haftar —a pesar del rechazo frontal de los islamistas y de que su actitud está siendo cuestionada incluso por sus aliados políticos— se ha autoerigido en la única autoridad que puede recuperar Libia. Con este objetivo, solo contempla la victoria militar y la total aniquilación de todos sus oponentes como única salida viable a la crisis; y con el firme propósito —según todos los indicios— de convertirse en el máximo dirigente nacional en un futuro no muy lejano. En esa tesitura, su enemigo más fuerte son las Brigadas de Defensa de Benghazi, una coalición híbrida y compleja de islamistas y grupos yihadistas que, desde junio de 2016, se ha conformado como el brazo armado del movimiento islamo-nacionalista *Dar al-Islam*, liderado por el prominente Sadiq Abd al-Raḥmān al-Ghariani y acérrimo detractor de la actual situación política del país. En esta lucha sin cuartel, Haftar ha sumado ahora el apoyo de Rusia que —según denuncia el general Thomas D. Waldhauser, jefe del Comando África del Pentágono— “está tratando de influir sobre la decisión final de quién y qué entidad se hace cargo del gobierno libio”<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> *US accuses Moscow of aiding warlord in battle for Libya oil ports*. The Guardian, 11/03/17. Disponible en <https://www.theguardian.com/world/2017/mar/11/us-says-russia-backs-libya-warlord-in-oil-ports-battle>. Fecha de consulta: 25/03/17.

En diciembre de 2016, la reconquista de Sirte por parte de una miscelánea de fuerzas: milicias de Misrata, islamistas de Ansar Al Shariya y el Ejército Nacional Libio de Haftar —apoyadas entonces por los ataques aéreos de Estados Unidos— supuso un duro revés para las milicias filiales a Al Bagdadí en Libia, pues perdieron su principal baluarte africano y una posible alternativa territorial ante el previsible fracaso en Siria e Irak. Así, conscientes de la importancia de este reducto para la supervivencia del entramado africano de *Daesh*, los extremistas seguirán enfrentando batalla para recuperar el terreno perdido e intentar garantizar el “patrocinio” de las provincias africanas. Pero, por el momento, su pérdida de fortaleza les ha obligado a volver a sus refugios en las poblaciones norteñas y a emprender una “retirada estratégica” hacia el sur del país, a la región del Fezzan, para reestructurar sus fuerzas. Esta olvidada región, sin ningún tipo de control por parte de Trípoli o Trobuk, cierra el oscuro escenario del yihadismo libio. Durante el gobierno de Gadafi, Fezzan fue el reducto de sus mejores guerreros; pero, tras su derrocamiento, esta vasta y descontrolada región —con la zona de Tibesti, encrucijada entre Libia, Níger y Chad, como epicentro— se ha convertido en lugar de tránsito de todo tipo de tráfico ilícito y en plataforma de ataque para todos los grupos terroristas. Aun así, su asentamiento en la zona no será fácil mientras se mantenga firme el liderazgo y el control de las tribus y clanes sobre estos territorios.

Por todo lo expuesto, Libia —puerta sur del Mediterráneo— seguirá siendo por muchas décadas tierra fértil para el yihadismo, el crimen organizado y la violencia; y esta situación no revertirá hasta que la comunidad internacional exija a las facciones políticas consensuar una salida dialogada a la crisis. La otra opción es abandonar Libia a su suerte, pero esta sería demasiado peligrosa para toda la región y, más aún, para Europa.

### ***3. Mali: epicentro africano de la yihad de Al Qaeda***

Después de cinco años del inicio de la revuelta tuareg, el posterior golpe de Estado del capitán Sanogo y la eclosión violenta del yihad-

dismo —hasta entonces silente y esquivo entre la población local— en la región de Azawad en 2012; Mali sigue sin avanzar en la definitiva estabilización del país y sin afrontar las causas profundas que subyacen en este largo conflicto saheliano. Como consecuencia directa, el yihadismo —a pesar de la contundente reacción militar de Francia desde 2013 y el posterior despliegue de una profusa misión de Naciones Unidas (MINUSMA)—<sup>28</sup> mantiene una enorme y pragmática capacidad de recuperación y de financiación de su deleznable causa, además de una notable destreza e intención de extender sus ataques y su poder más allá de las fronteras malienses.

A principios de 2013, la yihad maliense —liderada entonces por Al Qaeda del Magreb Islámico y emboscada en el norte del país desde la década de los noventa— sorprendió al mundo lanzando el primer ataque ofensivo con el propósito de ocupar territorio de forma manifiesta e implantar su ideario político en todo un país, convirtiendo a Mali en el preludio fallido de lo que más tarde sustentaría la estrategia de Daesh en Irak y Siria: el dominio territorial.

Aunque las fuerzas francesas —con el apoyo imprescindible de Chad— frenaron de inmediato el ataque, recuperaron pronto los principales bastiones norteños y consiguieron diezmar las filas yihadistas; los extremistas —escondidos en sus guaridas en el desierto sahariano y camuflados entre la población local— han sido capaces de revertir su campaña de terror y, lejos de constituir una amenaza residual en la región de Azawad, están dando continuas muestras de

<sup>28</sup> La Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA) fue establecida por el Consejo de Seguridad (Resolución 2100/2013). Desde la aprobación de la Resolución 2164/2014, MINUSMA centra sus cometidos en garantizar la seguridad, la estabilización y la protección de los civiles; en apoyar el diálogo y la reconciliación nacional; en restablecer la autoridad del Estado en todo el país, y en reestructurar el sector de la seguridad. Actualmente, cuenta con 13.555 efectivos y, con 114 víctimas mortales, se ha convertido en la misión más peligrosa de Naciones Unidas. Página oficial MINUSMA: <http://www.un.org/es/peacekeeping/missions/minusma/>.

una renovada, dañina y extendida fortaleza. Una fortaleza que, al mismo tiempo, es la clara constatación de que la estrategia local e internacional de lucha contra esta amenaza está resultando, cuanto menos, fallida, pues sigue muy centrada en el ámbito de la seguridad y no enfrenta las condiciones profundas —desgobierno, subdesarrollo e inestabilidad— que sustentan, mucho antes que la ideología fundamentalista, la capacidad de reclutamiento y financiación del yihadismo en esta región.

Durante estos años, la inestabilidad política ha sido la protagonista discordante de la realidad maliense y, además, se ha convertido en el principal baluarte y aliado del entramado yihadista. En este sentido, la profusa amalgama de grupos extremistas —con mayor o menor coordinación en sus atentados— no ha dudado en atacar y frenar cualquier avance en la reconstrucción política y la reconciliación social del país. Estos grupos se han instituido como sus principales enemigos; y, desde sus feudos norteños, han sido tremendamente eficaces para proyectar terror dentro y fuera de las fronteras malienses. En marzo de 2015, el atentado en un restaurante de Bamako —con cinco víctimas mortales— fue el primero de una larga lista de ataques yihadistas fuera de la región de Azawad, que ya se han convertido en la “seña de identidad” de la actual y violenta estrategia extremista. Desde entonces, no solo Bamako ha sido un claro objetivo de los terroristas —el atentado más grave, hasta la fecha, tuvo lugar en un céntrico hotel capitalino en noviembre de 2015, y se saldó con 27 personas asesinadas—, sino también países limítrofes como Níger, Burkina Faso o Costa de Marfil. Al tiempo, el centro de Mali —concretamente las regiones de Gao y Mopti— es hoy la zona más castigada por la sinrazón extremista dentro del país.

Con esta tendencia ascendente de la amenaza yihadista, 2016 fue un año dramático para Mali —con más de 60 atentados atribuidos a grupos extremistas y un número aproximado de 100 víctimas mortales,



según ACLED—<sup>29</sup>; mientras que, en 2017, se ha incrementado la agresividad —por el volumen, la localización y la letalidad de sus ataques—, y se ha producido un giro radical en su organización interna y en su expansiva estrategia de terror. En enero de 2017<sup>30</sup>, una base militar de Gao fue testigo del mayor atentado yihadista ocurrido en Mali en toda su historia: 77 personas —la mayoría soldados regulares y milicianos tuaregs, que se preparaban para lanzar las primeras patrullas conjuntas contempladas en el Acuerdo de Paz de 2015— fueron asesinadas en un ataque suicida reivindicado por Al Morabitun, la facción más activa del entramado liderado por AQMI que, desde hace años, pretende agrupar la yihad saheliana frente a la manifiesta amenaza de penetración de Daesh en África.

En este sentido, la nueva deriva unificadora de las filiales de Al Qaeda en la región se materializó en el mes de marzo, cuando se proclamó la creación de una coalición —nombrada “*Jamaat Nusrat Al Islam wa Al Muslimin*” (Frente de Apoyo al Islam y a los Musulmanes)— resultante de la unión de los principales grupos yihadistas activos en el Sahel: Ansar Dine, Al Morabitun, MUYAO, el Frente de Liberación de Macina y AQMI<sup>31</sup>, que se constituye, al menos sobre el papel, en el mayor grupo terrorista africano. En una declaración conjunta difundida por medios mauritanos afines a la causa extremista, el terrorista tuareg Iyad Ag Ghaly —jefe de Ansar Dine— se auto proclamó líder de la coalición y, “bajo una sola bandera, una organización, un emir”, renovó su juramento de lealtad al emir de AQMI Abdelmalek Droukdel y al líder

<sup>29</sup> ACLED Version 7 (1997-2016) standard file. Disponible en <http://www.acleddata.com/data/acled-version-7-1997-2016/>. Fecha de consulta: 16/03/17.

<sup>30</sup> *Suicide Attack at Military Camp in Mali Kills Scores*. Associated Press, 18/01/17. Disponible en [https://www.nytimes.com/2017/01/18/world/africa/suicide-attack-at-military-camp-in-mali-kills-scores.html?\\_r=0](https://www.nytimes.com/2017/01/18/world/africa/suicide-attack-at-military-camp-in-mali-kills-scores.html?_r=0). Fecha de consulta: 12/02/17.

<sup>31</sup> T. Joscelyn. *Analysis: Al Qaeda groups reorganize in West Africa*. FDD, s Long War Journal, 13/03/17. Disponible en <http://www.longwarjournal.org/archives/2017/03/analysis-al-qaeda-groups-reorganize-in-west-africa.php>. Fecha de consulta: 12/03/17.

global de la organización, Ayman Al-Zawahiri, sucesor de Bin Laden. Tan solo unos días después, “*Jamaat Nusrat Al Islam wa Al Muslimin*” reivindicaba la autoría de su primer atentado: el asalto a una base militar en el pueblo de Boulikessi (fronterizo con Burkina Faso) el 5 de marzo, en el que 11 soldados malienses fueron asesinados.

Sin duda, y aunque es pronto para valorar su poder fáctico, esta nueva asonada yihadista pretende dos claros objetivos. Por un lado, es una clara advertencia a los grupos africanos a Daesh, que buscan extenderse en los dominios africanos de Al Qaeda frente a una posible retirada del escenario sirio e iraquí; y, por otro, supone la evidencia más clara de la intención de los extremistas de posicionarse en el proceso político de Mali como los actores más violentos y escurridizos, y cuyo objetivo declarado es implantar la más intransigente *sharia* (ley islámica) tanto en el país como fuera de sus fronteras. De esta forma, y en tanto se alarga el proceso político y la reconciliación nacional, los yihadistas malienses —sea cual sea la bandera bajo la que se escondan— seguirán sacando rédito de la inestabilidad para extender su violencia y la sinrazón de su ideario extremista y excluyente que está en las antípodas de la práctica mayoría de los malienses, que profesan una interpretación tolerante y abierta del Islam.

Frente a este panorama, y para erradicar la grave y creciente amenaza que supone el yihadismo en el Sahel, solo cabe que todas las partes —gobierno y milicias rebeldes— involucradas en la resolución del conflicto maliense refuercen su compromiso con la pacificación, la estabilización y el desarrollo del país. Para ello, es urgente que —con la necesaria cooperación y presión internacional— consoliden todo lo pactado en el Acuerdo de Paz de 2015 y enfrenten, sin más demora ni atajos, las condiciones políticas, económicas y sociales que han permitido la expansión del yihadismo dentro de sus fronteras. De lo contrario, y con consecuencias siempre impredecibles, habrá que asumir que la violencia yihadista siga marcando el devenir de Mali.

#### 4. *Nigeria: Boko Haram y el reducto africano de Daesh*

Hace ya cuatro años, Nigeria —con la proclamación de Muhammadu Buhari como presidente del país— comenzó una nueva etapa: “Nos enfrentamos a enormes desafío —declaraba en su primer discurso presidencial, en mayo de 2015—. La inseguridad, la corrupción generalizada, y la hasta ahora interminable e inexplicable escasez de combustible y electricidad son nuestras preocupaciones inmediatas. Vamos a hacer frente a todos ellos con firmeza. Los nigerianos no os arrepentiréis de habernos confiado esta responsabilidad nacional. No debemos sucumbir a la desesperanza y el derrotismo. Podemos solucionar nuestros problemas”<sup>32</sup>. Desde entonces, y con este objetivo, gran parte del esfuerzo del gobierno nigeriano se ha centrado en la lucha contra la sinrazón yihadista en el noreste del país, liderada por el grupo islamista Boko Haram: “una fuerza terrorífica, un grupo de irreligiosos y descerebrados que está tan alejado del Islam como uno pueda imaginarse”.

Sin embargo, y aunque la milicia yihadista está mucho más debilitada y fracturada, los resultados no han sido tan determinantes como pronosticaba la ilusoria promesa de Buhari durante la campaña electoral presidencial: acabar con ellos en un año; pero, tampoco hoy se vislumbra el final del terror yihadista en la región. Entre otras razones porque, inicialmente, la acción militar fue tremendamente errática y fallida: las fuerzas militares nigerianas se demostraron ineficaces para enfrentar batalla a un enemigo tan escurridizo y, en muchas ocasiones, sus indiscriminadas operaciones concitaron el rechazo frontal de la población local, así como contundentes denuncias internacionales<sup>33</sup>; y tan

<sup>32</sup> R. Dixon. *Nigeria can be great, new president Muhammadu Buhari tells his people*. Los Angeles Time, 29/05/15. Disponible en <http://www.latimes.com/world/africa/la-fg-nigeria-muhammadu-buhari-20150529-story.html>. Fecha de consulta: 17/02/17.

<sup>33</sup> *Estrellas en los hombros, sangre en las manos. Crímenes de guerra cometidos por el ejército nigeriano*. Amnistía Internacional, 2015. Disponible en <http://amnistia.ning.com/profiles/>

solo comenzó a revertir su estrategia y a dar resultados sobre el terreno a partir de 2015, cuando Nigeria se vio obligada a aceptar el apoyo militar de los países limítrofes. Pero, sobre todo, el yihadismo ha dado muestras de una enorme capacidad de resistencia y recuperación, sustentada en un excelente conocimiento del terreno, en un importante aparato de financiación e, incluso, en un significativo apoyo local.

Sin duda, Boko Haram —traducido generalmente como “la educación occidental es pecado” y, por extensión, todo lo que viene de Occidente— no es el único foco de inseguridad y violencia en Nigeria, pero sí el más sanguinario y cruel que el país ha sufrido desde el final de su dramática guerra civil (1967-1970). En los últimos ocho años, esta milicia extremista —liderada por el sanguinario Abubakar Shekau y cuya entidad puede superar los 10.000 adeptos— ha asesinado a más de 20.000 personas, ha expulsado de sus hogares a más de dos millones del noreste musulmán, según el Banco Mundial<sup>34</sup>. Aunque su historial se remonta a 2002<sup>35</sup>, su violencia no estalló de forma virulenta y masiva hasta 2009, tras la ejecución de su fundador, Mohamed Yusuf, además de 600 de sus seguidores, en una ofensiva militar y policial en Maiduguri<sup>36</sup>, capital de Borno y origen del movimiento islamista. Desde entonces, se hizo fuerte gracias a su capacidad, por un lado, de reclutar

---

blogs/ejercito-nigeriano-estrellas-en-los-hombros-sangre-en-las-manos. Fecha de consulta: 17/02/17.

<sup>34</sup> *Nigeria: World Bank Approves \$200 Million Emergency Support to North East*. The World Bank, 20/03/17. Disponible en <http://www.worldbank.org/en/news/press-release/2017/03/20/nigeria-world-bank-approves-200-million-emergency-support-to-north-east>. Fecha de consulta: 22/03/17.

<sup>35</sup> En 2002, el grupo se fundó originalmente como *Jama'atu Ahlis Sunna Lidda'awati wal-Jihad*, que significa “Pueblo Comprometido con la Propagación de las Enseñanzas del Profeta y la Yihad”. Aunque no hay constancia, parece ser que el nombre de Boko Haram se lo puso la población, por sus acciones sistemáticas contra los colegios e iglesias, y después fue adaptado por el grupo yihadista.

<sup>36</sup> *Nigeria sect head dies in custody*. BBC News, 31/09/15. Disponible en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/8177451.stm>. Fecha de consulta: 17/02/17.

adeptos, para después radicalizarlos, entre una población extremadamente pobre, que reclama más atención del poder central y que alberga un profundo sentimiento de agravio respecto a las poblaciones del sur; y, por otro, de financiarse a través de la extorsión, el saqueo y el secuestro de nacionales y extranjeros.

Sin embargo, y a pesar de la constatación de que el yihadismo en Nigeria pronto se convirtió en la principal amenaza nacional, la falta de voluntad y la incapacidad para combatirla fueron los principales parámetros de una “estrategia” que, por muchas evidencias, resultó un rotundo fracaso, y tan solo provocó más violencia y frustración entre los nigerianos. Hasta enero de 2015, la lucha del anterior presidente Goodluck Jonathan contra el grupo yihadista se basó, por un lado, en infravalorar e incluso ocultar la amenaza y, por otro, en escatimar medios militares para combatirla e impedir el apoyo internacional. Pero algo comenzó a cambiar tras el secuestro de 273 niñas en Chibok en abril de 2014, un execrable atentado que azotó la conciencia de la comunidad internacional y también elevó la presión exterior respecto a la necesidad de fortalecer la respuesta frente a la sinrazón yihadista: “un Estado no puede negar arbitrariamente o restringir la asistencia internacional —declaró el director ejecutivo del *Socio-Economic Rights and Accountability Project*— por motivos políticos cuando es incapaz de responder satisfactoriamente a una crisis como el secuestro de las colegialas”<sup>37</sup>.

Por su parte, y lejos de amedrentarse, Boko Haram respondió plantando cara al ejército más potente —sobre el papel— de África Occidental, pero que cada vez se descubría más inoperativo por su obsoleto equipamiento, por su mala preparación y, sobre todo, por su baja moral. En enero de 2015, el primer objetivo del ataque yihadista en Baga —

<sup>37</sup> R. Oladimeji. Chibok: *Accept full international aid, SERAP tells Jonathan*. Punch Nigerian Newspaper, 23/07/14. Disponible en <http://www.punchng.com/news/chibok-accept-full-international-aid-serap-tells-jonathan/>. Fecha de consulta: 16/02/17.

localidad fronteriza con Chad, Níger y Camerún— fue la base militar multinacional, de la que huyeron los soldados nigerianos sin enfrentar batalla<sup>38</sup>. Con más de 2.000 personas asesinadas en apenas unos días, los islamistas sellaron su ataque más brutal para la población e insultante para el gobierno nigeriano, pero también fue el detonante final para lanzar una ofensiva regional —liderada por Nigeria con fuerzas de Chad, Níger, Camerún y Benín—, que ha conseguido diezmar a Boko Haram, expulsar de muchas zonas que antes controlaba y rescatar a miles de niños y mujeres secuestrados por los terroristas.

Como reacción ante la ofensiva militar y con el objetivo de ganar credibilidad ante sus seguidores, el líder Shekau juró, en marzo de 2015, pleitesía y lealtad al autoproclamado Estado Islámico de Bagdadí, que instauró así su “Provincia del Estado Islámico en África Occidental” que era, por entonces, el primer reclamo territorial de *Daesh* en África. No obstante, el devenir de esta alianza —como se preveía desde un principio— no ha tenido una repercusión significativa y patente en la fortaleza del terrorismo nigeriano, más allá del apoyo explícito recibido de los extremistas en Irak y Siria; y quedó en un intento de ambos grupos de incrementar su capacidad de aterrorizar a la comunidad internacional, captar nuevos adeptos en el ámbito local para la “franquicia ganadora de la yihad global” y explorar nuevos canales de financiación.

A pesar de esta pretendida huida hacia delante de Shekau —cuya propia existencia sigue siendo motivo de controversia, después de que Nigeria haya anunciado su muerte en múltiples ocasiones—, la realidad es que Boko Haram está en claro declive por razones externas e internas, sin que ello signifique minimizar la magnitud de la amenaza que aún representa o su capacidad de captar adeptos, ni

<sup>38</sup> *Nigerian army abandoned civilians at Baga, says eyewitness*. The Daily Vox, 16/01/15. Disponible en <http://www.thedailyvox.co.za/nigerian-army-abandoned-civilians-at-baga-says-eyewitness/>. Fecha de consulta: 05/02/15.

tampoco que su derrota definitiva se vislumbre en los próximos años. En cuanto a la presión externa, las fuerzas internacionales africanas —bajo la denominación *Multinational Joint Task Force* (MNJTF), y con entre 7.500 y 10.000 militares de Nigeria, Chad, Camerún, Níger y Benín— siguen ejerciendo una presión resolutive sobre la milicia yihadista, que ha sufrido numerosas bajas y capturas entre sus filas —aunque el núcleo duro se mantiene intacto— y se ha visto obligada a refugiarse en su (cada vez menos) impenetrable santuario del bosque de Sambisa.

En clave interna, la existencia de Boko Haram está ahora más amenazada por la escisión y la lucha por el liderazgo de la yihad nigeriana. Desde 2009, Al Barnawi —que nunca ha desistido de su fidelidad a Al Qaeda— se ha opuesto a los designios de Shekau y, desde su confinamiento en el estado de Borno, no ha cejado en reconstruir las conexiones con la población local, al tiempo que centraba sus ataques en objetivos militares. Ante el posible colapso de la “Provincia del Estado Islámico en África Occidental” de Shekau, la facción de Al Barnawi podría convertirse en la puerta de entrada de la marca Al Qaeda, desde su feudo en el Sahel, en el escenario nigeriano: una cooperación que agravaría aún más la amenaza terrorista en toda la región de África Occidental. En sentido contrario, Shekau podría sacar rédito del colapso de Daesh en Libia, a través de la llegada de terroristas para reforzar el único vestigio que, por el momento, se mantiene en pie y leal a Al Bagdadí en el continente africano.

Frente a este incierto y preocupante panorama, el presidente Buhari no debería desaprovechar la oportunidad para fortalecer su determinación de acabar con el yihadismo en Nigeria. Para ello, además de las necesarias medidas en el ámbito de la seguridad, deberá focalizar sus esfuerzos en extirpar las razones profundas que han permitido engendrar dentro de sus fronteras la mayor lacra yihadista de toda África, y que —como en otros escenarios— no se ciñen de forma prioritaria al fundamentalismo religioso. Como señala Naciones Unidas, “la aproxi-

mación militar no traerá el final de Boko Haram<sup>39</sup> por sí sola, pues la amenaza y su capacidad de regeneración se mantendrán activas mientras que la estabilidad, el restablecimiento de la autoridad estatal y el final de los agravios sociales, económicos y políticos de las comunidades marginadas no sean una realidad en el castigado noreste de Nigeria. Ahora queda constatar la capacidad cierta de Buhari para afrontar estos ingentes desafíos, y demostrar que —como proclamaba durante su investidura en 2015— “nosotros tenemos una oportunidad, y vamos a aprovecharla”<sup>40</sup>.

#### IV. CONCLUSIÓN: MÁS REPUESTA LOCAL Y COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Los conflictos armados, el terrorismo yihadista y el crimen organizado —todos ellos claramente interconectados— están atenazando al Sahel y la región de África Occidental; y, si no se logra frenar la violencia y la inestabilidad que generan, terminarán por socavar los avances logrados en el ámbito económico, político, social y de seguridad; llevarán a toda la región a un callejón sin salida; y sus consecuencias —evidentes, pero siempre difíciles de calibrar— seguirán extendiéndose más allá de sus propios límites geográficos, dentro y fuera del continente africano. Hasta ahora, y centrados en las dos amenazas analizadas con más profundidad en este documento, el principal escollo para frenar la insurgencia armada en Mali, República Centroafricana y Sudán del Sur sigue siendo la incapacidad —cuando no la falta de voluntad— de

<sup>39</sup> *Boko Haram Still Threatens Civilians in Lake Chad Basin, Officials Warn Security Council, Urging United Front to Repair Material, Social Damage*. Naciones Unidas, 12/02/17. Disponible en <https://www.un.org/press/en/2017/sc12679.doc.htm>. Fecha de consulta: 21/01/17.

<sup>40</sup> *Nigeria's President Buhari promises change at inauguration*. BBC, 29/05/15. Disponible en <http://www.bbc.com/news/world-africa-32927311>. Fecha de consulta: 17/02/17.



consolidar unos exiguos acuerdos de paz: un paso imprescindible para estabilizar el país, proteger y reconciliar a su población y comenzar a solventar las razones profundas que alientan el conflicto.

En cuanto a la erradicación del terrorismo yihadista, a pesar de los últimos y aún exiguos avances, la articulación de la respuesta sigue excesivamente focalizada en medidas represivas en el ámbito de la seguridad, que de poco servirán para eliminar la capacidad de captación, de radicalización y de financiación de los extremistas islámicos. En gran medida, los líderes africanos están focalizando, de forma errónea, su estrategia en la condición internacional de esta amenaza y parecen obviar, con ello, que la solución debe centrarse —con un enfoque holístico que involucre al poder político y judicial, a la sociedad civil y a las instituciones— en el ámbito local.

Tan solo desde una perspectiva más integral, profunda y ambiciosa, la paz comenzará a ser una realidad en el Sahel y, solo una vez consolidada, se podrá avanzar hacia mayores niveles de desarrollo, seguridad y democracia: una situación que debe permitir que la población reconquiste el protagonismo. Desde su emancipación nacional, muchos gobiernos han desatendido estos factores esenciales para el progreso estatal y social, y la conflictividad de hoy es, en gran medida, la principal y más dramática consecuencia de su incapacidad, cuando no absoluta desidia, para administrar sus países y garantizar, así, un presente y futuro estable a sus poblaciones. En la actualidad, y aunque debería hacerlo con más determinación y compromiso, la comunidad internacional está colaborando —más que en cualquier tiempo pretérito— con la región saheliana y de África Occidental, principalmente con misiones militares. Sin embargo, el estado final no puede ser otro que aquel en que cada uno de los países africanos sea capaz de asegurar, de forma autónoma, la paz, la estabilidad y el progreso en todo su territorio de soberanía, al que —como señalamos— no se llegará si las medidas solo alcanzan al ámbito de la seguridad.

Para avanzar en este camino, deben diferenciarse bien las distintas condiciones, las vías y soluciones necesarias para erradicar las amenazas. En primer lugar, atajar la rebelión armada exige afianzar cauces de diálogo, que consigan sellar el cese de las hostilidades y que conduzcan a unas negociaciones entre los gobiernos y los grupos insurgentes para subsanar las reivindicaciones que han alentado a la rebelión. Sin embargo, y para garantizar la idoneidad, viabilidad y perpetuación de los acuerdos, el diálogo debe ser abierto e integral, además de ampliamente inclusivo y representativo; no puede construirse sobre la total impunidad de los distintos actores ante los crímenes cometidos; y las partes tienen que abandonar cualquier interés espurio que nada tenga que ver con la construcción de un Estado más igualitario, ecuánime y sostenible para todos, y sustentado en la administración territorial más idónea y consensuada para conseguirlo.

Por otro, frente al extremismo fanático sustentado en la interpretación rigorista, violenta y excluyente del Islam, es urgente revisar la estrategia imperante en África, que no ha dado los resultados —a tenor de la situación actual, y por las razones abordadas en este análisis— que cabría esperar. Después de años de una errática y desigual trayectoria de lucha contra el yihadismo, lo único constatable en el terreno africano es que, lejos de disiparse la amenaza, esta se ha extendido territorialmente, se ha proyectado más lejos y ha incrementado la complejidad y coordinación de sus atentados. Además, el Sahel puede convertirse en el nuevo “reducto geográfico” —repleto de zonas fuera de cualquier control estatal— para las milicias de Al Bagdadí si pierden sus feudos en Siria e Irak, y en un campo de batalla por la hegemonía sobre la yihad global entre las dos principales ramas del salafismo violento: Al Qaeda y el auto proclamado Estado Islámico. Por todo ello, hay que fortalecer las medidas de seguridad —militares y policiales— y judiciales para proteger a la población, neutralizar a los terroristas y acabar con todas sus actividades criminales; pero, al mismo tiempo, deben promoverse reformas económicas y sociales que generen confianza en las instituciones estatales, fomenten mejores niveles de igualdad y desarrollo, y eviten

que la población considere su alistamiento a los grupos terroristas como única opción de supervivencia.

Hace ahora dos años, en el análisis *Desafíos de seguridad en el Sahel: conflictos armados y terrorismo yihadista*<sup>41</sup> —por su vigencia, este trabajo es una revisión y actualización de su contenido— se planteaban las claves para atender la construcción de proyectos nacionales en muy diversos países africanos. Por entonces, se afirmaba que estas debían centrarse en una serie de acciones, cuya consecución era extremadamente compleja, porque requería una férrea determinación y una amplia perspectiva temporal. Aun hoy, esta actividad política, económica y social sigue siendo una asignatura pendiente para muchos gobiernos africanos, y su implementación sigue determinando la “hoja de ruta” que permitirá comenzar a erradicar las múltiples amenazas que enfrenta el continente africano:

- Implantar o regenerar sistemas democráticos y representativos, que hagan que la población se sienta partícipe del proyecto nacional.
- Fortalecer las instituciones estatales, con especial atención al sistema judicial y al respeto al imperio de la ley, y eliminar la inestabilidad política.
- Generar fuerzas de seguridad y policiales bien dimensionadas, adiestradas y equipadas; imparciales, sin injerencias del poder político, y que la población reconozca como fiables y no represivas.

<sup>41</sup> J. Díez Alcalde. *Desafíos de seguridad en el Sahel: conflictos armados y terrorismo yihadista*. Capítulo II Cuaderno de Estrategia 176. Sahel 2015, origen de desafíos y oportunidades. IEEE, octubre de 2015. Disponible en [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/CE\\_176.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/CE_176.pdf).

- Ejercer una administración efectiva, centralizada o no, en todo el territorio, y controlar las fronteras estatales.
- Fomentar políticas socio-económicas que reduzcan la desigualdad e incentiven el desarrollo en todos los ámbitos, desde la reducción de la pobreza hasta el acceso a los recursos básicos y la construcción de infraestructuras.
- Luchar contra la corrupción, el crimen organizado y el radicalismo confesional.

Hoy, gran parte de la zona septentrional del continente africano —la que se sitúa al norte del paralelo del Ecuador— se encuentra en una encrucijada trascendental; y del camino elegido por los distintos países y toda la región en su conjunto, no solo depende su devenir, sino el de todo el continente africano, e incluso el de fuera de sus fronteras. La seguridad y el desarrollo de esta vasta extensión territorial se enfrentan a numerosas amenazas locales, y también a otras de carácter transnacional —entre ellas, las analizadas en este capítulo—. Los desafíos son inmensos pero no inalcanzables, y su conquista requiere de un mayor compromiso, cooperación y solidaridad por parte de la comunidad internacional. De lo contrario, la inacción supondrá condenar a África al ostracismo y, aún peor, negar a millones de africanos el derecho a un futuro en su propia tierra: un escenario de conflictividad que, sin duda, seguirá afectando a la paz y la estabilidad de un mundo cada vez más globalizado, interconectado e incierto; y que —aun con mayor intensidad— se proyectará en el continente europeo.